Dijo santa Teresa que se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las ignoradas; quizá valga la pena añadir que hay ocasiones en que no queda tiempo ni siquiera para llorar. Éste es el mensaje que nos deja Linn Ullmann en una novela hermosa y trágica, que cala hondo en el ánimo del lector. «Prométeme que me ayudarás cuando llegue el momento», pide Johan Sletten a su esposa, tras comunicarle los médicos que sólo le quedan pocos meses de vida. Los días pasan, la enfermedad va siguiendo su curso, y el hombre insiste porque teme el dolor y se niega a morir de una manera indigna. May, la mujer con quien se casó hace más de veinte años, después de mucho titubear promete que pondrá remedio a los sufrimientos de Johan… cuando llegue el momento. Pero ¿quién decide que ha llegado por fin el instante de despedirse de la vida?, ¿quién tiene derecho a actuar sin esperar hasta que amanezca? Alrededor de estas difíciles preguntas, que ponen en tela de juicio todo lo dicho sobre el tema de la eutanasia, se mueve la novela y se dibujan los personajes de esta peculiar crónica de una muerte anunciada que es al mismo tiempo una bellísima historia de amor y un magnífico retrato de la condición humana. La opinión del editor: En sus dos primeras novelas, Linn Ullmann se movió en el ámbito de una escritura casi experimental. Hasta que amanezca marca una nueva andadura, y en sus páginas he encontrado lo que estaba buscando: una historia emotiva acompañada de un estilo directo, sobrio, donde cada palabra tiene el peso que le corresponde.

Linn Ullmann

Hasta que amanezca

Para Janna Ullmann (1910-1996)

1 LA VENTANA

Cuando, tras muchos rodeos, el joven médico dio el nuevo diagnóstico y, sin gran emoción, se explayó hablando de los diferentes métodos de tratamiento que en su opinión serían los más adecuados, aunque sin ocultar que esa podredumbre acabaría con la vida de mi amigo Johan Sletten, Johan cerró los ojos y pensó en el pelo de Mai.

El médico era un joven rubio que no tenía la culpa de tener unos ojos color violeta que quedarían mucho mejor en una mujer. Ni una sola vez empleó la palabra «muerte», sino «alarma».

—¡Johan! —exclamó el médico, intentando captar su atención—. Escúchame, por favor.

A Johan no le gustó que lo llamara por su nombre de pila y que le tuteara. Además, la voz del médico era chillona, como si no hubiera superado del todo el cambio de voz en la pubertad, o hubiera sido castrado de niño por sus padres con la esperanza de que tuviera futuro como eunuco, pensó. Le diría algo sobre lo del uso del nombre de pila, sobre todo teniendo en cuenta la diferencia de edad. El médico era más joven que el hijo de Johan, con quien llevaba ocho años sin hablarse. Y no era sólo por una cuestión de educación que la gente joven no debía dirigirse a las personas mayores por su nombre de pila, a Johan siempre le había gustado mantener cierta distancia. Todo tipo de intimidad entre extraños, por ejemplo, esa mala costumbre que tiene la gente de darse un par de besos en cualquier contexto social (no exactamente un beso, sino más bien un ligerísimo toque en el que la mejilla de uno apenas roza la mejilla del otro) le resultaba incómoda y, en el fondo, una falta de respeto. Prefería, como ya se ha dicho, que lo llamaran Sletten (excepto la mujer con quien estaba casado). No Johan, sino Sletten. Y quiso decírselo al médico pero no se atrevió, porque no parecía muy inteligente crear un ambiente enrarecido entre ellos en ese momento. No quería ofenderlo, pues podría influir en el desarrollo de la conversación. El médico podría decir cosas inconvenientes sobre el estado de Johan sólo porque se sentía ofendido y no le gustaba que le dijeran cómo tenía que comportarse.

—Esperaba unos resultados diferentes —prosiguió el médico.

—Hum. —Johan dibujó una sonrisa—. Pues me encuentro mucho mejor…

—A veces el cuerpo nos traiciona —susurró el médico, tal vez dudando de si lo de «nos traiciona» era un poco exagerado.

—Hum —repitió Johan.

—Sí. Vamos a ver… —dijo el médico volviéndose hacia el ordenador—. Como ya he dicho, hay motivo de preocupación.

Prosiguió con un largo monólogo en el que le informó sobre los resultados y las consecuencias prácticas de los mismos; por ejemplo, que haría falta empezar un nuevo tratamiento, además de tener que realizar una nueva operación, posiblemente. A todas esas Johan, que sólo conseguía tomar la palabra de vez en cuando, intentaba convencer al médico de que realmente se encontraba mejor, y de si no podían al menos estar de acuerdo en que eso era una buena señal. Aunque el cuerpo, como ya había mencionado, nos traicionara. Pero cuando al final el médico pronunció la palabra metástasis, como de paso y en frase subordinada, Johan dejó de intentar convencerlo. «Metástasis» era una de esas palabras crueles que llevaba toda su vida de adulto temiendo oír; esperando, temiendo y previendo. No existe razón alguna, ni siquiera después de su muerte, para ocultar el hecho de que Johan Sletten era un hipocondríaco incurable y un catastrofista, y que esa escena, la escena clásica de un hipocondríaco que se encuentra con el médico, se la había representado en la cabeza una y otra vez desde que era joven. Pero al contrario de estas escenas tópicas cuidadosamente orquestadas y dirigidas mil veces en su cabeza, la escena real, la que representó en la realidad, fue mucho menos dramática de lo que Johan había previsto en su imaginación.

—¿Metástasis? —preguntó Johan.

—Eso no significa que… —empezó a decir el médico.

—Metástasis —dijo Johan.

Y el médico repitió que no necesariamente tenía que significar lo que significa en la mayoría de los casos. Eso fue lo que dijo, aunque por supuesto, no de esa manera. Era un joven médico agradable el que estaba sentado frente a Johan. Quería dar tiempo al paciente para digerir el diagnóstico, pues, de hecho, estaba sentenciando la vida de un hombre, y lo más probable era que hubiese aprendido algo sobre empatía en su carrera de medicina, pensó Johan.

—¿Y cuánto tiempo piensas que me…? —preguntó Johan.

—No pienso nada al respecto —contestó el médico—. Eso depende de cada caso, y, como he dicho, hay posibilidades.

—Pero ¿de media? —interrumpió Johan—. ¿Cuánto tiempo puede vivir alguien en mis circunstancias según las estadísticas?

—No me parece…

Johan volvió a interrumpirlo.

—Si no fuera yo el que está aquí sentado, si yo no fuera yo, si tú no fueras tú, si fuéramos dos personas al azar, si te pidieran que, como hemos dicho, te pronunciaras de un modo general… bueno, ya me entiendes… ¿qué dirías?

—Repito, no quiero tocar ese tema.

Johan dio un puñetazo en la mesa.

—¡Tiempo, hombre! Dame al menos una respuesta sincera, dame algo por lo que pueda guiarme. ¿Lo entiendes? —Johan puso el reloj al médico delante de la nariz—. Quiero saber cuánto tiempo.

El médico no lo esquivó, sino que miró a Johan a los ojos.

—Medio año, tal vez más, tal vez menos —contestó. Y añadió, tras una pausa—: Pero, como ya he mencionado anteriormente… —No concluyó la frase.

Se hizo el silencio. Johan miró al suelo, mientras se arrancaba los pelos de la ceja derecha, una mala costumbre que arrastraba desde niño y que confería un aspecto asimétrico a su cara, ya que tenía una ceja espesa sobre el ojo izquierdo, y una despoblada sobre el derecho. Intentó averiguar exactamente lo que sentía. Las palabras del médico no podían retirarse, pero, como ya se ha dicho, eran palabras, no golpes o caricias, y las palabras tardan más en surtir efecto. Él lo sabía. Aún no notaba ninguna diferencia; de hecho, se encontraba bastante bien, llevaba una semana encontrándose bastante bien, mejor que hacía tiempo. No había nada que le impidiera levantarse y abandonar la consulta del médico. Podría darse una vuelta por el centro, disfrutar del buen tiempo primaveral, tal vez meterse en una librería o en una tienda de discos, hacerse un regalo o simplemente vagar y mirar. Nadie más había presenciado la conversación con el médico. Podría mantenerse en secreto. Y todo seguiría como antes. Se animaría con un paseo por la ciudad,

pues la sala de consulta le parecía claustrofóbica. El médico olía a sudor, Johan había reparado en ello nada más entrar.

Se levantó y dijo:

—Estoy confuso, tengo que irme. Hablaremos más adelante.

El médico asintió.

Johan añadió:

—Mi mujer me ayudará con esto. Mai me ayudará. Y de nuevo pensó en el pelo de Mai que (y eso era lo curioso) brillaba incluso cuando la habitación estaba a oscuras.

coche familiar negro en Frognerveien, la habría atropellado él mismo.

Una vez, hace mucho tiempo, Alice estaba en el borde de un muelle. No sabía nadar, no había aprendido de pequeña, no se había atrevido después de que dos niñas de su misma edad la hubieran empujado en un charco no muy profundo, sólo nieve derretida en una cuneta, y la obligaran a mantener su cabeza debajo del agua hasta que ella, dando muestras de una fuerza insospechada, logró levantarse y huir. Y entonces estaba allí, una mujer adulta, la mujer número uno de Johan, en el muelle al sol mirando al cielo con los ojos entornados.

Él nunca fue capaz de explicar lo que le llevó a hacerlo, pero de repente, le puso la mano en la espalda y la empujó. No un pequeño y leve empujón, sino un buen empujón que obtuvo el efecto esperado: Alice se cayó al mar soltando un grito. Él se fijó en que el grito era más de sorpresa que de angustia.

Saltó inmediatamente tras ella y consiguió sacarla ilesa pero gritando.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Estás loco?

Ella lloraba, gritaba y daba puñetazos, todo a la vez. El vestido se le pegaba al cuerpo; el pelo, las mejillas y los ojos chorreaban, y se había quitado el zapato derecho dentro del agua. Cojeaba por el muelle aturdida y perdida. Parecía una gallina degollada, pensó Johan con cierto regocijo.

En ese momento ella se puso frente a él y le dio un puñetazo en el ojo.

—¿POR QUÉ ME HAS TIRADO AL AGUA, JOHAN?

—No… no lo sé. Perdóname. No sé qué… me ha pasado.

Johan se puso una mano en el ojo, que primero se volvió azul, luego morado y después amarillo.

Ella seguía insistiendo.

—¿Por qué?

—No lo sé, Alice.

Intentó inventarse una respuesta.

Al final dijo:

—Creo… creo que lo hice porque te quiero.

Se quedaron quietos mirándose. Él con un solo ojo, la verdad sea dicha. Luego ella se agachó, se quitó el zapato del pie izquierdo y lo tiró al agua. Se alejó descalza del muelle. Johan observaba cómo se alejaba. Cuando se volvió y lo llamó, ella estaba sonriendo.

Tendrás todo lo que pidas.

Y luego la atropellaron y murió.

Muchas personas lloraron la pérdida de Alice. Era evidente que había sido una mujer muy apreciada, pensó Johan extrañado. Bastante guapa, como ya se ha dicho. ¡Y joven! Demasiado joven para morir, decía la gente. Es lo que se suele decir de las personas que mueren por debajo de cierta edad. Si uno muere antes de haber cumplido los setenta y cinco, se es demasiado joven para morir; y si muere antes de los cuarenta y cinco, es una tragedia, una profunda e incomprensible tragedia. Alice tenía mucho menos de setenta y cinco y no mucho más de cuarenta y cinco. Al estrechar la mano de Johan, muchos susurraron que la muerte de Alice era una profunda e incomprensible tragedia. ¡Y a él cada vez le entraban unas ganas indomables de gritar que no, que no era una tragedia! ¡No lo entiendes! ¡Ella me insultaba!

concluir una frase.

—No lo sé —contestó Andreas—. Seguro que hay algo. Hay algo que quiero decir. Pero no consigo decirlo.

Seguía tocando el piano de vez en cuando. Más que nada a Schumann, pero sólo por placer, decía, no en serio.

Mai alternaba a menudo entre lo que hacía por placer y lo que hacía en serio.

—Ése fue mi sueño —decía—. Quería tocar el piano. No tenía talento. Era bastante buena, pero nunca hubiera llegado a ser buena de verdad. Me faltaba… aquello.

Mai levantaba las manos y movía los dedos delante de la cara.

—Me faltaba…

—¿El don?

—No me gusta esa palabra. Es…

—Tú eres mi don. Soy un privilegiado porque me quieres.

—Déjalo, Johan. ¿Por qué no vivimos el día a día y nos dejamos de tantas palabras?

Un día soleado, al poco de conocerse Mai y Johan, y de que esta conversación tuviera lugar, Johan hizo una foto a Mai. Está sentada en un banco de Frogner. Lleva vaqueros y una camisa, y su largo pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza.

En aquella época llevaba flequillo, y a pesar de sus treinta años, parecía que acabara de cumplir diecinueve, lo que a veces daba lugar a escenas bastante cómicas en su trabajo. A Mai, que era pediatra, la tomaban por una niña.

En la fotografía está pálida, casi un poco descolorida, tiene los ojos castaños, un carnoso labio inferior y una gran nariz aguileña. De joven le avergonzaba su nariz. Pero conforme se iba haciendo mayor, le importaba cada vez menos. Era como si su rostro se fuera acoplando, adaptándose a lucir una nariz así, como si de una valiosa joya se tratara.

«Lleva su nariz con la misma feminidad desenfadada que Bette Davis luce su abrigo de visón en la película Eva al desnudo», dijo Johan en una ocasión.

No pasaba un día sin que él mirase esa fotografía de Mai.

Pero no se la enseñaba a nadie. Sólo una vez, rebosante de satisfacción porque esa mujer había accedido tanto a vivir como a acostarse con él, sacó la foto y se la enseñó a tres colegas suyos que también eran sus únicos amigos.

Johan, que era periodista de un importante periódico noruego, acababa de solicitar el puesto de director de la sección de cultura, y había sido rechazado en beneficio de un semientendido entusiasta de la literatura, al que en la redacción se le conocía como «La tapadera del váter». Al parecer, el director del periódico había dicho que Johan estaba «demasiado apenado por la trágica muerte de Alice», acaecida dos años antes, y que sería incapaz de asumir un puesto tan duro e importante como el de jefe de cultura del tercer periódico más importante de Noruega. (El director no sabía que para Johan, Alice sólo existía como una idea compulsiva, y que ahora vivía indultado gracias a Mai).

Pero ésa no es la cuestión que nos ocupa ahora.

Lo que iba a contar es lo siguiente:

Johan y sus tres colegas, que también eran sus únicos amigos, estaban sentados en torno a la mesa de un café bebiendo cerveza y hablando de una joven novelista principiante de la que todo el mundo decía que tenía un gran talento, cuando de pronto Johan, con aire triunfante y con un chasquido, puso la fotografía de Mai sobre la mesa. Sus tres colegas (Ole Torjussen, Geir Hernes y Odd Karlsen, todos ellos mediocres periodistas de cultura, aunque Ole Torjussen esté muerto) se inclinaron sobre la foto, la miraron sin entender y malinterpretaron la situación. Creyeron que Mai era la novelista principiante. Como ya he dicho, en la foto parecía muy joven. Y entonces dijo Ole Torjussen, o tal vez fuera Odd Karlsen: ¡Desde luego guapa no es! Y luego apuntó Geir Hernes, intentando detener a la vez un ataque de tos: Yo creo que lo menos que se puede exigir a las nuevas novelistas del país es que sean guapas. Las feas como ésta, añadió, poniendo una uña amarillenta y comida por el tabaco sobre la cara de Mai, deberían ser rechazadas desde su nacimiento.

Johan se guardó la foto, el rubor coloreó sus mejillas y le entraron unas súbitas ganas de llorar, como cuando una vez, de pequeño, un cubo lleno de fresas silvestres se le cayó en un arroyo. Pero permaneció sentado,

completamente tranquilo y sin decir palabra. Ni Ole Torjussen, ni Geir Hernes, ni Odd Karlsen notaron nada extraño, todos habían bebido. Johan no se molestó en aclarar el malentendido. Un instante más tarde se habían olvidado tanto de la joven y principiante autora como de la foto.

Luego pensó que debería haber dicho: es su manera de moverse. Debería haber dicho que cuando ella se retira el pelo de la frente con la mano se abre el cielo, y es imposible no seguirla hasta él.

Si hubiera tenido agallas para luchar habría luchado aquella vez. Se habría levantado, habría apretado el puño y tumbado a Geir Hernes. No tanto por lo que acababa de decir, sino porque había tocado el rostro de Mai, presionando su grasiento dedo sobre la imagen con tanta fuerza que la foto incluso hoy tiene una señal de esa yema de dedo. Pero Johan no era hombre de peleas. No peleaba con otros hombres, no peleaba con sus dos mujeres, ni con la que murió y que no le gustaba, ni con la viva que sí le gustaba, y tampoco peleaba en sus columnas. Cuando se jubiló, a la edad de sesenta y cuatro años, tenía la sensación de no haber escrito nunca nada importante. Y no era falsa modestia. Sus colegas y lectores estarían totalmente de acuerdo con él.

Es cierto que una vez, hace muchos años, escribió una serie de artículos que causaron sensación entre los sabios y la gente de prestigio. Se trataba de seis artículos —por algunos llamados ensayos— publicados por todo lo alto en la página de cultura seis sábados seguidos. Todos los artículos trataban de William Faulkner: la obra, la persona y el estafador. Aparte de eso, Johan consiguió transmitir algo esencial sobre la literatura y la sociedad norteamericanas, comparadas con la literatura y la sociedad noruegas. Fue un magnífico trabajo. Los artículos eran extensos, eruditos y cuidadosamente ilustrados con viejas fotos y facsímiles. Nunca había recibido tantos elogios de personas cuyas alabanzas apreciaba. Numerosas personalidades del mundo de la cultura lo llamaron para decirle que no sólo había arrojado una nueva luz sobre la obra de William Faulkner, sino que había elevado el nivel del análisis literario. Con su excelente trabajo, Johan Sletten, mediante su análisis profundamente personal y sabio de la vida y obra de William Faulkner, había dicho algo sobre el mismísimo arte de leer. Pero hacía mucho tiempo de aquello. Nadie mencionaba ya su serie de artículos. Nadie hablaba con él del arte de leer. De tarde en tarde, se organizaban seminarios sobre William Faulkner en la universidad, a los que Johan Sletten nunca era invitado.

Ya se había acabado. Todo había terminado. La relación entre Johan Sletten y los lectores noruegos de periódicos ya era historia. Iba a jubilarse.

Aunque lo de «jubilarse» era más bien un eufemismo. Le pidieron que se marchara. Recibió una oferta que no pudo rechazar. Lo despidieron, lo echaron, lo mandaron a su casa, lo pusieron de patitas en la calle.

Todo empezó cuando leyó una reseña alemana de un libro letón. Despertó su curiosidad. Johan era una persona curiosa, lo que, por cierto, no fue suficientemente recalcado en su entierro. Compró la novela en traducción danesa, la leyó y lloró. Quiso decir entonces a todos los noruegos, al menos a todos los lectores del periódico, que por nada del mundo dejaran de ir corriendo a una librería a comprar la novela. Se sentó a escribir, pero las palabras se le quedaban cortas, le parecían anodinas, miserables e insignificantes, como esas moscas tontas que se visten de los colores de la avispa y creen que por eso se vuelven más peligrosas; era horrible, porque por cada palabra que escribía, rebajaba esa novela que deseaba elevar. Por eso hizo algo que nunca había hecho hasta entonces. Tradujo la reseña alemana de la novela, firmó la crítica con su nombre y la envió al periódico. La reseña, publicada en una pequeña revista literaria alemana de una tirada de mil quinientos ejemplares, era, en todos los sentidos maravillosa. Johan no tenía ni idea de quién la había escrito. La firmaba J. I. S. Casi sus propias iniciales. Lo cierto es que no había ninguna I en su nombre, pero bueno, tampoco era para tanto. Lo importante era que la reseña de J. I. S. transmitía exactamente lo mismo que Johan había sentido al leer el libro, y J. I. S. lo expresaba sin recurrir a sentimentalismos, algo que Johan detestaba y que ya abundaba demasiado en el periódico. La reseña de J. I. S. era ingeniosa y de peso, y colocaba la novela letona en su perfecto contexto histórico, político y emocional; era profundamente personal a la vez que humana en general. Se trataba en todos los sentidos de la reseña que Johan hubiera querido escribir.

Al día siguiente, a las 13.07, varias horas después de que Dolores, una bellísima suplente de verano de veintitrés años y licenciada en literatura, le hubiera puesto por las nubes por lo que ella llamaba «el texto periodístico más brillante del año», Johan recibió un correo electrónico del director jefe que le rogaba considerase la posibilidad de acudir, sin demasiada demora, a su despacho para «una pequeña charla».

Lo han descubierto. Todo ha acabado, por fin todo ha acabado. Todo. Johan suspiró.

Dolores, la bellísima suplente de verano, no sabe nada. Todos los demás lo saben. Los jefes de sección, las mujeres de la centralita, las secretarias, la recepcionista, todos los del archivo, los periodistas, incluso los de la sección de deportes lo saben y lo comentan, pero Dolores no sabe nada. Johan atraviesa los pasillos y todo el mundo lo sabe, todo el mundo se le queda mirando fijamente. Esas miradas se las ha imaginado durante toda la vida, las conoce, y siempre ha sabido que un día irían dirigidas a él. Nadie lo mira porque sea polémico. Un hombre polémico se queda mirando a los demás y dice con su mirada: soy polémico. Soy responsable de mis propias opiniones. Pero un plagio no es polémico. No puede nadie ser positivamente responsable de un plagio.

Y, como ya se ha dicho, la única que no sabe nada es Dolores.

La bellísima y tonta jovencita no sabe nada.

Se coloca delante de él en el pasillo sin fin. Sonríe. Busca en su bolso, un gran bolso negro que le cuelga del hombro, saca la pequeña novela letona en traducción danesa y dice:

—No sucede a menudo que una reseña en el periódico me haga ir corriendo a una librería a comprar un libro. —Pronuncia la palabra «periódico» con un pequeño susurro de indignación y complicidad, como queriendo expresar el desprecio común de Johan y ella por el bajísimo nivel intelectual de los diarios—. Pero tu texto me llevó a hacerlo —dice, clavando sus ojos castaños en Johan—. Tu texto me conmovió.

Bendita sea Dolores. Johan le acarició el pelo. Nunca había vivido una experiencia como ésa. Ser admirado por una joven bellísima. No muchos hombres tienen la suerte de ser admirados por jóvenes bellísimas y que además se llamen Dolores. Pero esa suerte le tocó a Johan Sletten, y por un instante olvidó, se obligó a olvidar, las circunstancias. La bellísima joven Dolores le admiraba y él le acarició el pelo, que, si cabía, era aún más bonito que el de Mai, y ella le dejó hacer.

humillación, encontrarse cara a cara una vez más con Dolores.

Ésa fue la causa por la que Johan aceptó la oferta del director de una jubilación anticipada y no volviera a poner los pies en el periódico nunca más.

Cuando Johan había terminado, a ella le quedaban aún treinta y ocho pasadas, que acabó despacio, concentrada, y sin decir palabra. Entonces llegó un momento que él adoraba, es decir, cuando ella echaba la cabeza hacia atrás dejando que el pelo se colocase alrededor de su cara y sobre sus hombros. En ese momento, ella solía mirarse en el espejo y sonreír.

Pero la noche en la que le habló del plagio, ella no se quedó mirándose sonriente en el espejo.

En lugar de eso dijo:

—Pobre —aún frente al espejo—. Pobre Johan.

A continuación se volvió, atravesó la habitación y se sentó en el borde de la cama. Su camisón era de una fina tela azul con minúsculas estrellas blancas. Iba descalza. Olía bien. Johan reclinó la cabeza sobre su hombro.

—¿Me desprecias, Mai?

—Jamás —contestó ella abrazándolo—. ¡Jamás!

hermana hizo lo mismo, una mano sobre cada oído. Primero las manos de la madre, luego las manos de la hermana sobre los oídos. Y así se quedaron: Johan sentado en el medio, con las manos de su madre y su hermana tapándole los oídos.

Se demoraba. Nadie se movía. Ya no había más sonidos. Sólo una puerta azul y cuatro manos, dos pares de grandes y secas palmas de mano, veinte dedos tocándole las orejas. Sus cuerpos junto al suyo. Hora tras hora. Su madre olía a jabón de fregar. Su hermana olía a sudor, pero sólo un poco. Y entonces todo acabó. Johan supo que había acabado porque de pronto las dos mujeres lo soltaron, soltaron sus orejas y sonó como una botella de vino al descorcharse. Y luego: silencio.

La madre de Johan se levantó, atravesó el salón y abrió la puerta azul. Primero se quedó en el umbral mirando a su alrededor, como si fuera la primera vez que veía su propio dormitorio. La luz que entraba por la ventana. Las cortinas azules. La cómoda de caoba con tiradores de latón. La ancha cama de matrimonio con la ropa de cama azul, en la que a Johan, cuando era más pequeño, le encantaba esconderse. El eterno calor somnoliento de la cama de sus padres. La madre llamó a la hermana de Johan y entre las dos llevaron al muerto hasta la alfombra de la entrada. Luego se pusieron manos a la obra con cepillo y escoba, fregaron el suelo y las paredes, cambiaron la ropa de la cama, abrieron la ventana y encendieron velas. Al final volvieron a colocar al padre en la cama.

—Ahora quiero estar a solas con él. Quiero arreglarlo yo sola —dijo la madre de Johan en voz baja, cerrando la puerta.

por la noche meditando, pensaba que ella era la clase de mujer que sólo podía amar a un hombre que fuera más débil que ella, que la admirara y que estuviera a su merced, y pensaba entonces que en el fondo, un amor así era humillante para los dos. El buen amor debe ser entre dos almas gemelas, entre dos iguales, ¿no? La miraba y pensaba que no obstante elegiría el amor humillante, si era tan tierno como el que había entre Mai y él.

Pidió seis palabras, ella le había dado siete.

Había que eliminar una.

Vamos a ver, pensó Johan inclinándose sobre el papel: «¿Tenaz y profesional?». Sí, ella se salía siempre con la suya, era una médico respetada y bien considerada. La pared de su consulta estaba empapelada con alegres dibujos infantiles. Los padres le escribían constantemente tarjetas de agradecimiento. Pero por otro lado, no se llevaba los temas de trabajo a casa. En una ocasión contó a Johan que no se acordaba de los nombres de los niños a los que había tratado, ni siquiera de los muertos. Johan se sorprendió.

Tenía que ver con la fuerza de voluntad, dijo ella. No quería acordarse de los nombres. Si tuviera que recordar todos los nombres, tanto de los que se curaban como de los que no, no podría vivir en paz.

«¿Fea?». No, fea no. Pero cuando Mai dijo la palabra fea, lo dijo con una especie de orgullo, consciente de que era insuperable precisamente en virtud de su fealdad, de su melena canosa, su cara infantil y su grande y formidable nariz. Si hubiera sido un poco más guapa, habría sido mucho menos atractiva.

«¿Mujer de palabra?». Sí, siempre. Mai cumplía todas sus promesas y acuerdos. Jamás se le ocurriría romper una promesa, fuera en las circunstancias que fuesen.

Una vez prometió a Johan que irían a un nuevo restaurante de Oslo del que hablaban muy bien en todos los periódicos. Cuando llegaron al restaurante y fueron recibidos por el maître, resultó que sus nombres no figuraban en la lista de reservas.

—Pues he reservado una mesa —dijo Mai.

—Lo lamento —contestó el maître—. Su nombre no figura aquí. ¿Tal vez otra noche?

—No —objetó Mai—. Vamos a cenar aquí esta noche.

—Pero…

Mai le interrumpió:

—¡Avísenos cuando tenga una mesa libre!

Johan y Mai se sentaron junto a la barra. Eran las ocho. A las diez, cuando seguían sin mesa y el maître no había dado señal de que pronto les tocaría, Johan dijo que quería irse a casa y tomarse un perrito caliente por el camino.

—¡No! —exclamó Mai.

—¿No? —preguntó Johan.

—¡No! —repitió Mai—. Tenemos un acuerdo, tú y yo acordamos cenar aquí esta noche. Te lo he prometido.

Johan hizo un gesto con la cabeza, se quedó otros diez minutos y luego se levantó, diciendo que ya estaba bien. Mai permaneció sentada mirando al frente.

—Yo me quedo —dijo—. Me quedo. Voy a cenar aquí esta noche.

Johan se marchó. Más tarde, Mai le contó que por fin había conseguido mesa cerca de la medianoche. Para desesperación de los camareros, pidió una cena de cuatro platos, la cual, para alivio del personal, fue consumida en un tiempo récord.

«¿Sin hijos?». Sí, por elección propia.

Johan levantó la cabeza del papel.

A veces, cuando estaba en el baño por las mañanas después de una ducha caliente, soplaba ligeramente el espejo. Entonces un rostro aparecía en el vidrio, no su propio rostro, sino uno que de todos modos tenía algo que ver con él. Un rostro que siempre llevaba consigo.

Johan volvió a inclinarse sobre la lista.

«¿Satisfecha?». Sin duda, pensó Johan.

El estado mental propio de Mai era una satisfacción tranquila, inexplicable e inatacable. Era capaz de disfrutar de lo que ella llamaba «la pequeña buena vida»: una buena comida, una copa de vino blanco frío, un paseo por el bosque, las manos de Johan, los besos de Johan. Hacía muchos años, cuando la relación entre ellos era aún muy reciente, le sorprendía el

placer que su cuerpo proporcionaba a Mai. Era hambrienta y curiosa, quería hacer el amor con él constantemente. Al cabo de unos años, Johan comprendió que no se trataba de él. Es decir: se trataba menos de él y más de ella. La boca de ella, el cuello de ella, las manos de ella, los pechos de ella, el sexo de ella. Se trataba del placer de Mai por su propio cuerpo y por todo lo que su cuerpo podía hacer en el encuentro con otros cuerpos, del goce que podía conseguir.

La última palabra de la lista de Mai era «sincera», y Johan sabía que ésa era la palabra que habría que borrar.

Mai no era nada sincera. Al contrario. Mentía a menudo. Pequeñas mentiras absurdas que no tenían ninguna importancia, que no significaban nada. No hablaban de ello. Es decir: Johan no le hizo saber que sabía que ella mentía. Resulta incómodo informar a las personas orgullosas de que uno ha descubierto sus debilidades. Es como tirar piedras a un pavo real que en un momento de confianza está a punto de mostrarte sus hermosas plumas. En cambio, hacer saber a una persona débil que es débil, puede resultar muy satisfactorio.

Alice, su mujer número uno era débil.

Alice y yo nos parecíamos, solía decir Johan. Nos insultábamos.

En cuanto a las mentiras de Mai, eran insignificantes, como ya se ha dicho.

Una vez, hace mucho tiempo, Mai se fue en el último tren de la tarde a Gotemburgo. La habían invitado a participar en una ponencia sobre lactantes y cólicos en un seminario nórdico de pediatría. Tres días sin Mai, pensó Johan. No soportaba la idea de estar tres días sin ella. Cuando se marchó, él se quedó sentado en el piso que compartían en la calle de Jacob Aall, jugueteando con una bobina de hilo. Era un viernes por la tarde y se preguntaba si debía irse a la casa de campo que tenían en la región sueca de Värmland. Mejor estar solo en el campo que en la ciudad. Allí al menos podría hablar con los árboles. Mientras seguía manoseando la bobina de hilo, se dijo en voz alta:

—Mai sabe coser.

Y añadió en voz más alta todavía:

—Alice no sabía coser. Alice no sabía hacer otra cosa que ponerme verde. Y contar el dinero. ¡Eso sí que se le daba bien!

Miró el piso vacío. Le pareció oír una risa en el rincón.

—¡Alice, eres tú! —resopló—. ¡Me estás acosando! Oyó de nuevo la risa de Alice.

—¡Bruja! —murmuró.

Era tarde y Johan sabía que cuando empezaba a pronunciar el nombre de su mujer número uno, y encima le hablaba, significaba que se estaba desesperando. Por ese motivo decidió no ir a la casa de campo de Värmland. No, a la mañana siguiente temprano iría a Gotemburgo y daría una sorpresa a Mai.

Las sorpresas nunca son una buena idea.

Por principio, Johan era contrario a toda clase de sorpresas. Y los principios de uno hay que tomarlos en serio. No fue una buena idea viajar a Gotemburgo para dar una sorpresa a Mai. No se encontraron y ella no llegó a saber que él estaba allí. Nunca llegó a saberlo. Ni siquiera después de que él muriera. Y lo más probable es que incluso haya olvidado el seminario. Si él, por ejemplo, en su lecho de muerte le hubiera preguntado: Mai, ¿te acuerdas de aquel seminario en Gotemburgo al que fuiste a dar una conferencia sobre lactantes y cólicos hace diecisiete años?, ella habría fruncido el ceño negando con la cabeza. La memoria de Mai no es buena. Lo mejor que se puede decir de la memoria de Mai es que es selectiva. Recuerda lo que quiere recordar y se olvida de todo lo demás. Johan opinaba que ésa era una de las causas por las que parecía tan segura, y él, una persona insegura, podía encontrar reposo en ella. Ella simplemente olvida lo que no encuentra oportuno recordar. Johan no olvidaba. Johan no olvidaba nada. A veces pensaba que el absceso del rostro, las llagas ulcerosas, los orificios sangrantes, todo lo que chorreaba, supuraba y bombeaba, todo lo que transformó su cuerpo en un pantano intransitable, eran recuerdos de una vida vivida, que sólo ahora él, al final y mediante el dolor, se había vuelto real.

—Es un infierno volverse real —dijo.

Mai era la única persona que entendía lo que él decía cuando se acercaba el final, y los últimos días ni siquiera ella podía.

Dijo a Mai:

—Mi único alivio deberías haber sido tú.

—Sí.

Qué bien, pensó él, estar justo delante de su hotel mientras la lluvia cae ruidosamente sobre el tejado de la cabina, estar en un charco de lluvia, estar agarrado al auricular mojado, agarrado a la voz de Mai, agarrado a la imagen de Mai frente al espejo; el pelo largo y brillante al que se imaginaba iluminando la oscura habitación, todo el hotel, todo Gotemburgo.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó él.

—El camisón a rayas y las gafas.

—¿Aún no te has vestido?

—Sí, me vestí y bajé a desayunar y luego volví a subir a la habitación, me desnudé y me puse el camisón. Es cómodo para trabajar, no aprieta ni da calor.

—¿No tendrás frío —prosiguió Johan— con camisón? ¿Tienes la ventana cerrada para no acatarrarte?

Levantó la vista y miró al hotel, miró a todas las ventanas, detrás de una de ellas estaba Mai.

—No —contestó ella, como sorprendida por la pregunta—. La ventana está abierta, brilla el sol. Hay un ambiente primaveral. Una suave brisa en el pelo. ¿Qué tiempo hace en Oslo?

—Llueve —dijo Johan.

—Típico —señaló ella.

Se hizo el silencio por un momento.

—¿Qué vas a decidir entonces?

—¿Sobre qué?

—El pelo. ¿Recogido o suelto?

—Suelto, creo. —Volvió a callarse y luego añadió—: O tal vez recogido. No lo sé.

—Te quiero —dijo Johan.

—Y yo a ti —contestó ella—. Ahora tengo que colgar y ponerme a escribir.

Suspiró.

—¿Cómo lo haces, Johan? —exclamó de repente—. ¿Cómo consigues escribir artículos todos los días? A mí me parece un infierno.

—A mí también —señaló Johan riéndose—. ¡Aguanta! ¡Lo vas a acabar! Y esta noche podrás celebrarlo.

Y colgaron.

Johan se quedó en Gotemburgo todo el día observándola. Se escondió detrás de un árbol y esperó hasta que ella salió por fin del hotel. Eran cerca de las dos y seguía lloviendo. Debajo del largo chubasquero color rojo vivo llevaba un jersey azul, una ajustada falda azul y botas verdes de lluvia. Quizá había metido los zapatos en la bolsa de plástico que llevaba en una mano, y el texto de la conferencia estaría dentro del bolso que llevaba en la otra. Además, agarraba con fuerza un gran paraguas amarillo que el viento estaba a punto de arrebatarle. Se había dejado suelto su pelo rubio.

La siguió hasta el lugar donde iba a celebrarse el seminario y la vio desaparecer entre un montón de gente. Volvió a esconderse detrás de un árbol. La esperaría hasta que hubiera terminado su conferencia. Pasaron varias horas. Estará charlando con sus colegas, pensó, y tal vez haya más conferencias. No sólo hablaría Mai. Por fin salió del edificio en compañía de otras dos mujeres. Caminaban muy juntas, como si fueran amigas, y se reían ruidosamente del viento que amenazaba con tirarlas. Como Mai, las otras dos mujeres llevaban sendos paraguas amarillos, y él comprendió de repente que se trataba de un regalo de los organizadores, porque en todos los paraguas ponía en letras negras: «Conferencia nórdica de pediatría 1985».

Aquella noche Mai cenó en el restaurante del hotel con sus colegas. No vio a Johan, a pesar de que él escudriñó el restaurante desde la puerta, hasta que su mirada encontró su mesa. Ella no lo vio. Jamás se le habría ocurrido pensar que él la hubiera seguido, que de hecho estuviera allí, en Gotemburgo. Estaba charlando con las dos mujeres de antes, y daba la impresión de estar pasándoselo bien.

Cuando la mujer de uno se va de seminario y miente sobre las circunstancias, se trata a todas luces de una historia de amor. La mujer se ha enamorado de otro hombre. Pero cuando la mujer de Johan se va de seminario y miente sobre las circunstancias, no se trata de otro hombre. Se trata del tiempo. La mujer de Johan le dice que brilla el sol y que está escribiendo con la ventana abierta para sentir la brisa primaveral en su pelo.

Johan nunca fue capaz de explicarse por qué mentía Mai. ¿Sería para protegerse a sí misma, o a Johan, o su matrimonio? Y en ese caso, ¿protegerlos de qué?

Le dio por pensar que la mentira sobre el tiempo no era más que la advertencia de una mentira más grande, más peligrosa. En el momento en que Mai dijo que el sol brillaba y que estaba sentada delante de la ventana escribiendo para sentir en su pelo la brisa primaveral, cuando la verdad era que estaba lloviendo a cántaros, él pensó: ¡Se ha enamorado de otro! ¡Mai me es infiel!

Pero luego se dio cuenta de que no había ninguna relación lógica entre el tiempo en Gotemburgo y un posible nuevo hombre en la vida de Mai. Una mujer, concluyó, no es menos infiel bajo el sol que bajo la lluvia.

Johan nunca encontró una explicación. Era una mentira tonta. Ni la verdad (el hecho de que estuviera lloviendo) ni la mentira (que brillara el sol) eran hirientes, dañinas o ni siquiera relevantes.

Pero el hecho era y es: Mai miente.

Cuando empezó a reparar en ellas, se dio cuenta de que todas las mentiras eran de la misma calidad, si es que puede hablarse de la calidad de una mentira. Eran insignificantes. Tal vez Johan ni siquiera se hubiera fijado en ellas de no haber sido por Gotemburgo.

Por ejemplo, de vez en cuando, Johan y Mai se llamaban desde sus respectivos trabajos. Cuando Johan había salido de casa antes que ella, solía llamarla y preguntarle qué llevaba puesto. Era una especie de juego. Ella sabía que a él le gustaba imaginársela. Pero varias veces él descubrió por pura casualidad que Mai llevaba algo completamente diferente de lo que le había descrito por teléfono. Podía llegar a decir que llevaba un vestido azul cuando en realidad llevaba unos pantalones rojos. Cosas por el estilo.

Pero no siempre mentía.

Cuando Mai tenía treinta y ocho años, le contó a Johan que estaba embarazada, pero que había decidido abortar. Había accedido a someterse a una amniocentesis y la prueba detectó una malformación en el feto. Johan protestó y le dijo que no podía decidir eso por su cuenta, que al menos tendrían que hablarlo. ¿De cuánto estaba?

—De catorce semanas —contestó Mai, y le dio la espalda.

Más tarde, él se pasó por una librería, y en el estante en el que ponía «madre e hijo» encontró un libro sobre el embarazo, semana a semana. Miró en la semana 14. «El corazón del bebé bombea veintiocho litros de sangre al día», ponía.

Veintiocho litros de sangre.

Vio para sus adentros veintiocho cartones de leche.

Vio para sus adentros un corazón.

Pero el día que ella se lo contó, Johan se quedó perplejo mirando la espalda de su mujer.

—Dios mío, Mai. No me habías dicho nada. No he notado nada. De todos modos, ya es tarde para abortar. Es un niño lo que llevas dentro.

—No es demasiado tarde.

—También es mi hijo —intentó decir, y ni siquiera le sonaba a hueco. Creo que Johan en ese momento de coraje, que luego enseguida le abandonó, deseaba tener ese hijo.

—No puedes decir que…

—Es mi cuerpo —le interrumpió ella—. Además, es un niño deforme. Hemos creado algo deforme, Johan. No quiero parirlo. Es una pena, pero no hay nada que discutir.

Johan la miró.

—Eres fría, Mai.

—No soy fría, Johan. ¡No digas gilipolleces!

—Es moralmente… una chapuza lo que estás haciendo. No puedes simplemente…

—¡Términos grandilocuentes, Johan! —resopló—. Términos grandilocuentes. Hablemos en voz baja de las cosas que no entendemos.

Y rompió a llorar. Por un instante le recordó a Alice, que a menudo se refugiaba en las lágrimas para concluir una discusión.

—No soporto la idea de parirlo. No la soporto —sollozó.

Se sentó en el suelo y se pasó la mano por el pelo.

Y dijo, esta vez en voz baja:

—Y además, tú ni siquiera has logrado ocuparte de un hijo sano, Johan. Ni siquiera has sido capaz de ocuparte de Andreas. Él era la responsabilidad de Alice, y cuando ella murió, él se quedó solo en el mundo. No quiero tener un hijo contigo, ni siquiera un hijo sano, y menos éste, que está enfermo.

Fue un argumento contra el cual él, por razones obvias, no pudo protestar. Una sonrisita sarcástica que surgía cada vez que su único hijo pronunciaba la palabra papá. Mai sabía qué decir, sabía lo que surtía efecto. A Johan le falló el valor y se calló.

Por las noches pensaba: Podría no habérmelo contado. Podría haberme dicho que iba al hospital por un problema ginecológico, nada serio, una pequeña intervención. Podría haberlo dicho con la misma desenvoltura que dijo el sol brilla, la ventana está abierta, sopla una suave brisa primaveral. Ella ya había tomado la decisión de todos modos. No quería saber nada de las objeciones de Johan, ni de su apoyo, ni de sus opiniones. Era más rápida que él y ya había tomado la decisión.

Johan fue a recogerla al hospital después del aborto. Mai no dijo nada hasta que estuvieron sentados en el coche. Entonces se volvió hacia él y susurró:

—No quiero hablar de ello. No será un tema sobre el cual discutamos.

Johan miraba fijamente hacia delante mientras conducía.

—Como quieras —dijo.

Ella seguía mirándole.

Johan conducía hacia el barrio de Majorstua. No quería mirarla.

—¿Quieres saber qué era? —preguntó en voz baja.

—Has dicho que no querías hablar de ello.

—Ya, pero ¿quieres saber lo que era? Pregunté y me lo dijeron.

—No sé si quiero saberlo, Mai.

—Era una niña.

Johan era incapaz de adivinar la edad de los niños, no recordaba nunca la de su propio hijo. (Aunque no se olvidó de llevar la cuenta de los años transcurridos desde que se hablaron por última vez). La niña despeinada atravesó la sala de espera, trepó hasta la silla al lado de Johan y casi gritó:

—Espero que jamás llegue a ser tan vieja ni a estar tan arrugada como tú.

La madre levantó la mirada de la revista del corazón y regañó a la niña, a la vez que no paraba de pedir perdón a Johan. Él tranquilizó a la mujer, sonrió y preguntó a la niña:

—¿Cuántos años crees que tengo?

La niña ladeó la cabeza y apretó los ojos hasta que parecían pequeñas grietas, como para mostrarle que estaba meditando a fondo sobre el asunto. Permaneció así un rato mirándolo fijamente hasta que se sintió intimidado. Entonces la niña alargó la mano, separó los deditos, cuyas uñas estaban pintadas con un desconchado esmalte de color rosa y le acarició la mejilla.

—Eres más viejo que mi abuelo —contestó, y la madre volvió a levantar la vista de lo que estaba leyendo para hacerla callar y pedir perdón de nuevo.

—Tiene ochenta y cuatro —añadió— y su cabeza está muy despejada. ¿La tuya también lo está?

—¿El qué? —preguntó Johan.

—La cabeza.

—Claro que sí —contestó Johan, con una voz demasiado alta— además, sólo tengo sesenta y nueve años. ¡Lo que quiere decir que tengo quince años menos que tu abuelo!

Se dio cuenta de que estaba reaccionando de un modo algo exagerado, pero al fin y al cabo estaba esperando para entrar a la consulta del médico, y éste le había pedido que acudiera enseguida, lo que no prometía nada bueno, y luego aparece esa pequeña gnomo desgreñada y le dice que parece mayor que el idiota de su abuelo. Johan se irritó tanto por la franqueza de la niña como por las repetidas disculpas de la madre. Le resultó importante precisar que no era tan viejo como el abuelo de la pequeña, y al mismo tiempo mostrar a la madre que tomaba las gracias de su hija con buen humor. No era de esos que son incapaces de reírse de sí mismos o de una

niña graciosa.

tenga cien años mientras pueda estar contigo. Pero te pido que me ayudes cuando te diga que quiero morir.

Mai se quedó muy callada y miró fijamente a Johan.

Luego se incorporó y le dio una bofetada en la cara.

La palma de su mano estalló contra la mejilla izquierda de él.

Johan agarró su muñeca delgada y entrelazó sus dedos con los de Mai.

—¡Eso no! —susurró ella—. Eso no. No me lo pidas. No me atrevo a ayudarte a eso.

Tras un largo silencio que ninguno de los dos se atrevía a romper, Johan bajó la cabeza. Por fin dijo:

—Mi vida nunca fue un modelo de dignidad, Mai.

constantemente como a un bebé. Al absceso se le vaciaba de líquido, se le untaban pomadas y a veces se le vendaba.

Una vez Johan afirmó que un grito del absceso lo había despertado.

Cuando Mai pasó los dedos por el absceso, Johan le dijo:

—Tú y yo lo hemos creado. Yo lo gesté. Mi cara se abrió y le dio vida.

2 EL ESPEJO

Los médicos habían operado su cuerpo siete veces en total. Le habían hecho radiografías y ecografías. Lo habían examinado, palpado, cortado y vuelto a coser. Habían discutido su caso en reuniones y escrito sobre él un historial. Johan Sletten no era un desconocido. Ahora les pertenecía a ellos. Pertenecía a los de las batas verdes.

Fuera del hospital había bicicletas equipadas con asientos para niños, cestas de la compra y grandes candados alrededor de las ruedas. Las bicicletas eran testigos de que en ese lugar había una población diferente. Los sanos. Los que abandonaban el hospital todos los días, se iban a sus casas y realizaban los quehaceres de las personas sanas. Para Johan, que ahora se contaba entre los enfermos, el hospital se había convertido en su hogar.

Una vez que se paseaba por los pasillos, una mujer de mediana edad lo paró para preguntarle por el despacho de un determinado médico jefe. Johan sabía dónde encontrarlo y dio a la mujer una descripción minuciosa y precisa de cómo llegar hasta allí. Ella le dio las gracias y siguió apresurada su camino.

Él era un guía.

Johan tenía tres amigos cuando vivía: Geir Hernes, Odd Karlsen y Ole Torjussen. Pensaba a menudo en Ole Torjussen, que era el que más le gustaba. Periodista y amigo. Ya muerto, lamentablemente.

Hace mucho tiempo, Ole Torjussen se enamoró de una norteamericana de ojos negros y en un momento de desbordante osadía dejó su trabajo como periodista de cultura en el tercer periódico más importante de Noruega, abandonó a su mujer y a sus dos hijos (un chico de doce y una chica de catorce) y se fue a Nueva York a vivir con la joven. La historia duró medio año, y luego la muchacha echó a Ole Torjussen de la casa. Él volvió a Oslo y se reconcilió con su mujer, que le aceptó de nuevo en consideración a los hijos. Le ofrecieron una suplencia de larga duración en el periódico (su antiguo lugar de trabajo) para que se ganara el sustento. Cuatro años más tarde murió de leucemia.

Ole Torjussen tenía muy poco que contar a su amigo Johan Sletten sobre el medio año en Nueva York. Había sido feliz, dijo, hasta el momento en que lo echaron a la calle. Y el día más feliz de todos fue una temprana mañana de domingo del mes de mayo en que la joven lo mandó a comprar pan, café y los periódicos.

Los dos amantes vivían en un pequeño apartamento de la calle Setenta y tres, cerca de Central Park. La joven estudiaba literatura en la universidad y vivía del dinero que le enviaban sus padres. Ole Torjussen leía libros, cocinaba, limpiaba el apartamento y vivía del dinero que había ahorrado en una cuenta secreta de la que su esposa no sabía nada.

Lo que ocurrió el más feliz de todos los días de la vida de Ole Torjussen fue lo siguiente:

Salía de la tienda de la esquina donde siempre compraba pan, café y los periódicos. (¡Sí, siempre! Ésa era su nueva vida, y en su nueva vida siempre compraba pan, café y periódicos en la pequeña tienda de la esquina. De la misma manera, elegía siempre un lugar cerca de Strawberry Fields en Central Park cuando salía a leer y comía siempre en el mismo café francés de Greenwich Village cuando le apetecían caracoles).

Ole Torjussen acababa de salir de la tienda de la esquina cuando lo paró un turista —un joven con bandolera, camiseta y brazos blancos, el chico era un extraño en la ciudad, de eso no cabía duda— y preguntó a Ole Torjussen por el camino a la estación de metro más cercana. Podría haber preguntado a cualquier otro, contó Ole Torjussen, había mucha gente en la calle, aunque era una mañana de domingo temprano. La gente iba camino del rastrillo de la calle Setenta y siete o estaba paseando al perro, era gente como él, que había salido a comprar el desayuno y los periódicos.

Pero el chico no preguntó a ninguno de ellos, preguntó a Ole Torjussen. Y Ole Torjussen se paró y lo ayudó. Le explicó el camino a la estación de metro más cercana, le explicó cómo cambiar de línea para llegar más deprisa. Ole Torjussen era un guía en la metrópoli de Nueva York. Un pequeño episodio trivial, que se le ha olvidado ya en el momento de torcer para volver al apartamento de la calle Setenta y tres con los periódicos bajo el brazo y el café y el pan en una bolsa. Olvidado si no fuera por esa sensación de felicidad. La sensación de haber conquistado el mundo.

Todo eso era verdad.

Él era Ole Torjussen en Nueva York. Era un guía. Y así había sido siempre.

que Johan podía ser dado de alta. Se llamaba Meyer de apellido, y conocía a Mai de antes. Meyer le recordaba a una bailarina de ballet. Se moviera como se moviese, siempre daba la sensación de estar bailando. Hablaba con los brazos y las manos, con todo el cuerpo. Además era bonita, de poco pecho y poca ropa debajo de la bata de médico.

Solía entrar en la habitación de Johan y sentarse en el borde de la cama. Siempre se tomaba tiempo. Y un día ocurrió lo siguiente:

La doctora Meyer se levantó de la cama y fue hacia la ventana. Él oyó notas de un piano. ¿También las oía ella? Estuvo a punto de preguntárselo… ¿las oía? ¿Era Chaikovski?… ¿Algo de Giselle?… pero fue incapaz de abrir la boca, de apartar los ojos de ella, rodeada por la luz que entraba por la ventana. Y de repente la mujer se puso de puntillas e hizo una profunda inclinación. Su cuerpo se convirtió en un arco. Fue un movimiento hermoso, perfecto. Johan no entendía del todo lo que estaba presenciando. Pero cuando ella acabó, él le dio las gracias.

La doctora Meyer volvió a sentarse en el borde de la cama.

—¿Es debido a la morfina que me parece que siempre estás bailando? —preguntó Johan—. ¿Son imaginaciones mías?

—No —contestó ella, ahuecando la almohada—. No son imaginaciones tuyas.

En ese momento, la doctora Meyer hizo un nuevo movimiento con el brazo que significaba:

—Ya es hora de marcharse —dijo sonriendo— al menos por unos días.

Johan se quedó pensando en las palabras «unos días». La vida allí fuera, entre los sanos, ya no era su vida. Pero se le permitiría estar entre ellos por última vez. Los dolores habían disminuido algo y el cuerpo de Johan Sletten había reaccionado positivamente al tratamiento.

—Pero —añadió la doctora Meyer, que nunca mostraba la más leve intención de bailar cuando Mai estaba presente— no dudes en llamarme si ocurre algo.

Mai llevó a su frágil marido de la mano desde el hospital hasta el coche y fueron a la casa de verano de Värmland. Estaba en un lugar solitario, rodeada

por un bosque junto a un lago, nada más pasar la frontera con Suecia.

Era un lugar tranquilo.

Johan durmió toda la primera noche, y la primera mañana hizo el amor con su mujer. El cuerpo escuálido de él se abrazó al de ella, hasta que Mai con mucho cuidado se introdujo suavemente el blando pene mientras gemía por lo bajo.

Incluso ahora, en mi estado de semimuerto, es capaz de disfrutar de mí, pensó él, asombrado.

Luego Mai procedió a curar el absceso, lo vació de pus y besó la cara de Johan con ternura.

—Es un orzuelo normal y corriente, Johan.

Johan volvió a abrir el ojo. Notó cómo palpitaba.

—¿Entonces no crees que sea peligroso?

Mai suspiró.

—No, tienes un orzuelo.

Johan esbozó una sonrisa.

—Desde que era un niño he tenido miedo a quedarme ciego. No quiero dramatizar, Mai. Sé que piensas que a menudo dramatizo. Pero siempre he tenido mucho miedo a quedarme ciego y me parece que esto que tengo no es un orzuelo normal. Es algo peor. Claramente es algo peor.

Mai tiró el libro al suelo y miró a Johan.

—Tienes un orzuelo, Johan. No vas a quedarte ciego. No puedo creer que estés…

No acabó la frase.

—No puedes creer que yo… —susurró Johan—. Ahora que de todos modos voy a…

Él tampoco concluyó la frase.

A la mañana siguiente, la infección del ojo derecho casi había desaparecido.

Cuando unos días más tarde estaban desayunando, Johan dijo de repente que opinaba que deberían comprar un perro. Una vez habían tenido uno, y ahora quería otro. No era nada premeditado por su parte. Ni siquiera lo decía en serio. Era un capricho. Era la añoranza de un hocico mojado y frío contra la punta de su nariz, el olor a patas de perro, el cuerpo cálido y vivo de un perro junto al suyo intranquilo, lo que le hizo decir:

—Creo que deberíamos comprarnos un perro.

Mai dejó el libro que estaba leyendo, bajó la vista al plato del desayuno y

hurgó ligeramente en un tomate. No dijo nada, pero inspiró una o dos veces. Y esa minúscula pausa en la conversación era inequívoca. Johan entendió con exactitud lo que Mai estaba pensando. Pensaba: No quiero ocuparme de un perro yo sola.

—Olvídalo —dijo Johan—. Ha sido una estupidez por mi parte. Lo último que necesitas ahora es un perro del que ocuparte.

Mai lo miró y sonrió.

—¿Y qué ibas a hacer tú con un perro? —prosiguió Johan—, si ni siquiera te gusta pasear.

Ella seguía observándolo.

—Me tendrás a mí —dijo Johan—. Guau, guau.

—Johan, por favor… Tal vez cuando estés mejor.

—¡Guau! ¡Guau!

—Johan. Por favor, no hagas eso. Cuando estés mejor.

—No voy a estar mejor, Mai. ¡Joder! ¡Mírame! ¡Mírame! No voy a estar mejor.

paseaba por el bosque con Johan —nunca fue lo suficientemente rápida para correr o jugar con otros perros— estaba durmiendo en una cesta en la entrada, con su gran hocico rojo tulipán entre las patas.

Charley era infiel. Su confianza no tenía límites. Todos los que se acercaban a ella recibían su cariño, su amor y su agradecimiento. Un día sucedió lo siguiente:

Charley y Johan estaban dando un paseo alrededor del lago de Sogn. A medio camino se encontraron con una joven pareja sentada al borde del agua, que estaba haciendo una barbacoa. La chica llevaba un vestido de flores sin tirantes, y el apuesto joven, de cuerpo atlético y seguramente muy aficionado a exhibirse, estaba desnudo de cintura para arriba. Cuando Charley fue cojeando hacia él, tentada por la salchicha que colgaba entre los dedos del chico, éste se levantó y le dio una patada en el costado. Charley gimió como gimen los perros cuando sienten dolor, y se desplomó.

Johan estaba parado a cierta distancia. Lo vio todo. Vio que el perro recibió una patada, que gimió y que intentó volver a levantarse, y al joven musculoso con una salchicha colgando entre los dedos y una repugnante sonrisa en la boca. Y Johan sabía que en ese instante debería haber hecho algo. En ese mismo instante. En ese instante Johan Sletten debería haber mostrado al mundo lo que valía. En ese instante debería haberse acercado al chicarrón y a su novia para defender a su vieja perra indefensa. Debería haberse acercado a ellos con paso firme, haber arrancado la salchicha de los dedos al tipo musculoso y haberlo tumbado de un golpe. ¡Joder! Haberse ido derecho a ellos a defender a su perra que estaba en el suelo gimiendo. Pero Johan no hizo nada. En lugar de eso retrocedió dos pasos y se escondió detrás de un árbol. Johan no era nada musculoso. Mai comparaba su cuerpo con una vaina de judía verde. Y uno no se lanza sobre un tipo musculoso cuando se es una vaina de judía verde. Por eso retrocedió dos pasos, se escondió detrás de un árbol y llamó a su perra con la voz quebrada. Por lo bajo, por lo bajo, para que nadie lo oyera, y menos que nadie ese tipo lleno de músculos que ya había abandonado a la perra Charley y vuelto con su novia y sus salchichas. Johan llamó en voz baja a su perra con el fin de no provocar repulsa o armar escándalo. ¡Por lo bajo! Sólo lo suficientemente alto para que una vieja perra pudiera oír la voz de su amo y levantarse e ir a su encuentro.

Era en Charley —la vieja y bonita Charley con su corazón miedoso y confiado— en quien pensaba al preguntar a Mai si podían comprar un nuevo perro. Mai había dicho que no. El desayuno se había malogrado. El cálido ambiente de Värmland se estropeó. Johan se levantó de la mesa y salió al jardín. Luego entró en el baño y cerró la puerta. Se colocó frente al viejo espejo sobre el lavabo y se miró fijamente la cara.

Había pintado y restaurado ese baño con sus propias manos. Papel azul para baños en las paredes. Suelo azul. La ventana, que daba al bosque y al lago, estaba abierta. Los meteorólogos habían pronosticado buen tiempo, pero habían tenido viento, un poco de lluvia y un sol nórdico del que uno no se podía fiar, que no calentaba y que en cualquier momento podía desaparecer detrás de una nube, lo cual de hecho sucedió. Johan se había sentido mal ya desde temprano por la mañana. Lo del tiempo inestable lo tomó como algo personal, fue un presagio. Todo eran presagios. El tiempo era un presagio. Los dolores o la ausencia de ellos era un presagio. Los libros que compraba o que le regalaban, los libros que leía estaban llenos de presagios. Una colección de poemas de Dylan Thomas, un regalo de su viejo amigo Geir, era un presagio. Johan dijo: Esto puedo combatirlo. Eso es lo que significa. Puedo combatir contra eso. Mai, me oyes. ¡Rabiad! ¡Rabiad! No entraré fácilmente en esa noche. No quiero morir. Dentro de poco, Mai llamaría a la puerta del baño, y al no recibir respuesta, abriría con suavidad y lo vería frente al espejo. Se colocaría en silencio detrás de él, tal vez lo abrazaría. Y así estarían juntos. Mejilla contra mejilla.

La cara de Mai era un presagio. Johan solía estudiar su cara, escrutarla casi desconfiado, de la misma manera que el pasajero estudia la cara de la azafata en el momento en el que el avión empieza a temblar y las luces de la cabina se apagan. ¿Nos caemos? ¿Está nerviosa?

Todos los presagios estaban relacionados con la enfermedad. Johan miraba a su alrededor y preguntaba al sol, a la hierba, al cielo, a los libros, a Mai: ¿Voy a sobrevivir esta vez, voy a morir? ¡Envíame una señal! ¡Cuéntame! Era como aquella vez que Mai perdió, eliminó o mató al feto de su vientre —Johan no era capaz de encontrar la palabra adecuada, y ésa era una de las cosas de las que nunca hablaban, ¡nunca!— y pensó que el cambio de tiempo era un presagio. Lo recordaba claramente. Brillaba el sol y de repente sopló el viento, empezó a llover y Mai le contó que estaba embarazada pero que tenía la intención de abortar. Recordaba el cambio de tiempo. Recordaba la cara de Mai cuando le dijo que era una niña. Y recordaba el libro que encontró en la

librería con la foto de un feto en distintas fases de desarrollo y el corazón que bombeaba veintiocho litros de sangre al día.

Pero llegaría un tiempo en que la enfermedad de Johan se agravaría y también los dolores, en que los presagios cesarían y ya no serían presagios, sino simplemente sucesos aleatorios. De la misma manera que el propio Johan, al fin y al cabo, era un suceso bastante aleatorio. Llegaría un tiempo en que Johan comprendería que el mundo no intentaba contarle nada, que su cuerpo no intentaba contarle nada, porque el cuerpo era carne, y la carne se pudre, que los dolores no intentaban contarle nada. Todo simplemente era. Así. No había presagios. Él no tenía una unión secreta con el mundo y el mundo no tenía una unión secreta con él. El sol era sol. La lluvia era lluvia. La carne era carne. El dolor era dolor. Y llegaría un tiempo en que Johan juntaría las manos y susurraría: ¿Por qué? Y la respuesta era sencilla: ¡Porque sí!

¡Pero ahora! Ahora estaba frente al espejo esperando que algo sucediera, esperaba una señal, esperaba que ese mal bicho que se había alojado en su cuerpo y oscurecido su existencia cediera a favor de días largos e inalterables. Mi… vida, pensó. No se le ocurrió ninguna expresión mejor. Le hubiera gustado decir algo solemne allí frente al espejo. Pero no se le ocurrió ninguna expresión mejor que mi… vida. Beber un vaso de cerveza fría. Leer. Pescar. Estar tumbado al lado de Mai, de la mano de Mai, sentir el olor al pelo y al cuerpo de Mai. A la vez que lo pensaba notaba un atisbo de dolor de cabeza y náuseas. Y las náuseas lo asustaron. Hacía falta muy poco para que temiera que algo terrible e impensable pronto le ocurriría, ocurriría a su cuerpo, algo que no podía prever y para lo que por tanto tampoco podía prepararse ni controlar. Espasmos. Vómitos de sangre. Problemas de respiración.

Le ponía nervioso estar muchas horas alejado de un gran hospital moderno. Tenía ganas de ir a otra parte, pero la «otra parte» era, según lo veía ahora, un lugar peligroso. No quería estar en «otra parte». Quería estar donde fuera técnicamente posible salvarle la vida. Un lugar donde no se pudiera morir así sin más, con los árboles, el bosque, la hierba y el tranquilo lago como testigos mudos. ¿Quién podría salvarle si ahora de repente se desplomara? ¿Mai? Ella, que apenas estaba dispuesta a darle un valium cuando se quejaba de los nervios. Ciertamente era médico, pero sin medios ni medicinas, ni los conocimientos del especialista. El estado de Johan requería especialistas. Suspiró. «Mi estado requiere los mejores especialistas». Miró fijamente el rostro enflaquecido del espejo, intentando captar su propia mirada, contuvo el aliento. Sentía más las náuseas, como si

alguien le hubiera metido un palito de madera en la garganta y se hubiera marchado. ¿O era el dolor de cabeza lo peor? Siguió conteniendo el aliento, no quería tener arcadas, pues entonces se pondría a vomitar sin parar hasta quedar extenuado en el suelo del baño, como una miserable ramita. Y entonces, ¿quién lo salvaría?

Cuando era niño, Johan y sus amigos jugaban a ver quién era capaz de contener durante más tiempo el aliento. Contener el aliento debajo del agua, contener el aliento dentro de los túneles de ferrocarril, contener el aliento hasta que alguien hubiera contado hasta cincuenta, setenta o incluso cien. Y cuando Andreas, el hijo de Johan, tenía diez años, Johan lo encontró encerrado en un armario con la cabeza dentro de una bolsa de plástico. Johan le arrancó la bolsa y lo abofeteó, no porque fuera un hombre que solía pegar, sino porque le entró miedo.

—¿Por qué lo hiciste, Andreas?

El niño se limitó a encogerse de hombros y se fue.

Una vez, muchas décadas más tarde, Johan preguntó a Mai:

—¿Por qué la muerte por asfixia resulta tan atractiva a los niños?

Mai se lo pensó un instante, luego puso un dedo sobre su garganta, apretó y apretó un poco más, hasta que él la alejó de un empujón.

Suspiró, se miró la cara en el espejo, retrocedió un paso, se miró todo el cuerpo, las manos pálidas, los dedos largos y delgados, las uñas que no se había cortado hacía tiempo (¡tendría que acordarse de hacerlo otra vez!), la blanca tripa que colgaba y que parecía una pequeña mochila de niño, las piernas flacas que siempre habían sido flacas y que hicieron que Mai lo comparara con una vaina de judía verde.

—Horrible cadáver —se dijo Johan en voz alta—. Horrible cadáver de mierda —añadió, sorprendido por haber usado la palabra «mierda». ¡Un viejo educado como él! Se acercó más al espejo, estudió el absceso en la mejilla izquierda, que estaba al rojo vivo. Se imaginó que se le reía.

—¡Mierda! ¡Mierda!

El absceso no dejaba de reírse. Johan le devolvió la sonrisa.

—¡Mierda! ¡Follar! ¡Coño! ¡Polla!

Había levantado la voz, porque de repente oyó a Mai desde la cocina:

—¿Johan? ¿Todo va bien?

Murmuró una respuesta.

La voz de la cocina:

—He estado fuera un momento…

Él la interrumpió.

—Todo va bien, Mai. Me estoy cortando las uñas.

Agitó las manos delante del espejo.

—¡Me corto las uñas, me corto las uñas!

Todavía sentía el olor al sexo de Mai en los dedos. Esos dedos que ella de un modo suave, cariñoso y eficaz había introducido en su cuerpo cuando habían hecho el amor por la mañana temprano.

En realidad, la muerte no debería tener nada que reprocharle, pensó Johan. Había tomado sus precauciones, había fijado sus citas, rezado sus oraciones. Otros morían, Johan no. Pero eso era algo que no se atrevía a decir, ni siquiera a pensar. Y precisamente por eso. No fumaba, no bebía, no conducía deprisa, no presumía. No era de los que sentían alivio en los entierros de los demás y no era de los que decían «A mí no va a sucederme». Sabía que era precisamente esa clase de frases las que acababan con un hombre cuando menos se lo esperaba. La desmesura. Se cuidaba mucho de no dar la impresión de desmesura, no quería provocar. En su relación con la Muerte, una relación que poco a poco consideraba como una amistad —no entre iguales, no, en absoluto, pero una amistad, no obstante, había sido humilde, casi lisonjero. Sé que puede pasarme a mí, sé que eres más grande que yo, pero me comporto, me comporto, mírame, me comporto, y estoy verdaderamente agradecido porque me dejas en paz.

Cuando el amigo de Johan, Ole Torjussen, volvió a Noruega después de que su joven amante de ojos negros lo echara de casa, fue perdonado por su mujer sin demasiado alboroto. Cuatro años más tarde enfermó y murió.

—Es el castigo por haber creído que podía ser feliz —susurró Ole Torjussen a Johan—. Fue la desmesura lo que pudo conmigo.

—Tonterías —contestó Johan, pero también a él se le había ocurrido la idea, y se sentía aliviado por no haber desafiado nunca al destino, jamás había sido infiel a nadie, ni siquiera a su mujer número uno, que no le gustaba. Y nunca se olvidaba de mostrar su agradecimiento a Mai. Cada día a su lado lo consideraba un regalo.

Tras el entierro de Ole Torjussen no fue de su vida de lo que hablaron los que lamentaban su muerte y, sobre todo, no del hecho de que hubiera «desafiado al destino», buscando la felicidad al otro lado del Atlántico. Nada de eso, hablaron de la capacidad del fallecido para morir de un modo tan hermoso, tan pacífico, tan rápido («Nos fue arrebatado tras una valiente lucha», rezaba la esquela) y con tanta dignidad. Sobre todo su comprensiva mujer subrayó este hecho. Durante su agonía habían encendido velas y reunido a la familia, y Ole Torjussen les habló a todos, y en particular a su mujer, de su amor. Le apretó la mano y una vez más le pidió perdón.

—¿Perdón por qué, mi amor? —susurró ella, porque quería oírlo una vez más.

—Por…

Ole Torjussen se imaginó un par de hermosos ojos negros en un ático de Columbus Avenue de Nueva York y un hombre que muestra el camino a los que se han extraviado.

—¿Por qué, mi amor? —repitió la mujer de Ole Torjussen.

—¡Por todo! —susurró Ole Torjussen y cerró los ojos.

Cerró los ojos, pensó Johan (que había oído la historia sobre la agonía de Ole Torjussen varias veces), en parte porque estaba a punto de morir y en parte porque quería volver a ver esos hermosos ojos negros una vez más antes de que fuera demasiado tarde.

—Cerró sus ojos y murió con una sonrisa —dijo suspirando su esposa de ojos azules, que había sufrido tanto.

Johan no era más que un niño cuando por primera vez se dirigió a la Muerte. Aquella vez lo hizo de parte de su madre. Ella estaba acatarrada y con fiebre, y al niño se le ocurrió pensar que podía morir. Desaparecer para siempre. A su padre no lo quería, y de todos modos moriría unos años más tarde, cuando Johan tenía quince años. ¡Pero su madre! Su madre con sus bonitas manos. Con sus buenos besos. Con ese vientre redondo y suave en el que le permitía meter la cara. Ella no podía morir. Y Johan levantó la mirada hacia el cielo, porque pensaba que era más o menos allí donde estaba la Muerte, y prometió que nunca más volvería a robar dinero del bolso de su madre y que sería bueno y obediente si su madre podía quedarse con él. Y la Muerte lo escuchó. La madre se puso bien y todo volvió a ser como antes, con la excepción de que Johan, a partir de entonces, y en secreto, claro, tenía periódicas conversaciones con la Muerte. De parte de su madre, de parte de su hermana y de parte suya. Como ya se ha dicho: a su padre no lo quería. Pero eso no se lo dijo a la Muerte. No se lo dijo a nadie. Ni siquiera se permitió a sí mismo pensarlo, porque lo más probable fuera que la Muerte leyera el pensamiento. De manera que cuando su madre se puso bien, Johan se convirtió en un niño bueno y obediente. Era muy bueno. También con su padre, que era un hombre torpe y maloliente. Un hombre bienintencionado, eso sí. Más bienintencionado que otros padres. Siempre se tomaba tiempo

para hablar con Johan y su hermana, sobre todo con Johan, que era el más pequeño. Le leía por las noches y se lo llevaba de paseo y al cine. Durante y después de la guerra iban al cine. Vieron incluso la película alemana en color La ciudad dorada, para la que el mismísimo Joseph Goebbels escribió la réplica final de la protagonista: «¡No he amado lo suficiente a mi pueblo natal y por eso he de morir!». Vieron incluso esa película, a pesar de las protestas de la madre.

Johan cerró los ojos y oyó la voz de su padre:

—¡No voy a verla porque es alemana, coño! —gritó—. ¡Voy a verla porque es en color!

—Eso no cambia nada —susurró su madre—. Tú no lo entiendes. Eso no cambia nada. Puede tener todos los colores que quieras, pero sigue siendo alemana. ¡Hablarán!

Su padre se encaró a su madre. Eso recordaba Johan, y al recordarlo, al imaginárselo —su padre encarado a su madre— vio algo que nunca había visto antes.

Cuando Johan pensaba en sus padres ya muertos recordaba a su madre imponente y a su padre pequeño. Pero ahora, sesenta años después, frente al espejo, de repente vio en su interior cómo eran. Su madre no era en absoluto imponente, sino pequeña. Era una mujer minúscula. El que imponía era su padre.

Su padre se encaró a su madre y gritó:

—¿Quién habla?

—¡Todo el mundo habla! —soltó ella—. ¡Todos! ¡Y tú lo sabes!

Johan cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos y se encontró con su propia mirada en el espejo del baño, los recordó como siempre los había recordado y como prefería recordarlos: Ella imponente y él pequeño.

El padre se llevaba al hijo de excursión y al cine, era bienintencionado y amable. Pero no obstante, era un hombre torpe y maloliente (Johan sospechaba que no se lavaba bien entre las piernas) y además no tenía amigos. Los padres de otros chicos tenían amigos. Pero no el padre de Johan. La soledad de su padre tenía posiblemente algo que ver con la guerra. Johan

no estaba seguro. Los padres de otros chicos contaban muchas historias y las repetían una y otra vez, pero el padre de Johan no contaba ninguna. Ni un solo amigo, ni una sola historia.

Un día su madre se puso enferma de nuevo. Acatarrada. Con fiebre. Pálida. Fue en 1946 y Johan acababa de cumplir trece años. El médico salió de la habitación de la enferma con aire de preocupación y Johan se acercó a él y preguntó:

—Mi madre se pondrá bien, ¿verdad?

Y el médico contestó que nunca había que perder la esperanza. Johan asintió con la cabeza y maldijo al médico para sus adentros por su estúpida respuesta. El hombre era médico, no pastor. La esperanza podía infundirla a los gatos de los barrios bajos y a las mujeres que se habían liado con alemanes. Y su padre, su débil, maloliente y bienintencionado padre le pasó una mano por el pelo y dijo exactamente lo mismo que el médico:

—No debemos perder la esperanza, Johan, no debemos perder la esperanza de que tu madre supere también este trance.

Johan se encerró en la habitación que compartía con su hermana, se arrodilló y susurró:

—Llévate a él en lugar de a ella. ¡Aunque también quiero a mi padre, llévatelo a él y no a ella!

Entonces fue como si la Muerte le susurrara:

—Pero si quieres igual a tu padre que a tu madre, ¿por qué voy a llevármelo a él en lugar de a ella, cuando es a ella a quien quiero llevarme?

Johan reflexionó.

—Porque él ha vivido más tiempo. Es más justo así.

Se hizo el silencio por un momento. Johan miró al techo.

Y entonces oyó la voz de nuevo:

—¿No es porque bien mirado no quieres a tu padre, Johan? ¿No es porque tu padre te parece un hombre patético, maloliente y cobarde, que

puede morirse ahora? ¿No es porque adoras a tu madre y sucumbirías sin ella? ¿No es cierto, Johan, amigo mío, que me estás pidiendo un favor?

—No —contestó Johan, juntando las manos—, los quiero a los dos. Mi padre es un hombre bueno, sus intenciones son buenas. Simplemente es más justo así, que te lo lleves primero a él. Tiene… tiene… diez años más que ella.

—¡Oye, tú! —susurró en la oscuridad—. ¡Hola!

No recibió respuesta alguna.

—Sé que me estás escuchando y sólo quiero decirte que te estoy agradecido por haber hecho lo que te pedí, pero no creas que es un sacrificio pequeño. Mi padre es un buen hombre. No es que no lo quiera. Dijiste que yo no lo quería, pero sí lo quiero.

Johan sopló al espejo. Vio allí la cara de su padre. La última imagen de la cara blanca y aterrada de su padre antes de que su madre cerrara la puerta y empezaran los aullidos.

seguridad. Sobre todo seguridad. Repitió esa palabra varias veces. Puede parecer, ahora que todo ha pasado, que Johan fue la única persona que sabía que dentro de él había una pequeña chispa azul, un ¡sí! y por eso quiso luchar. Quería luchar todo lo que pudiera. No era imposible sobrevivir a esa enfermedad. No lo era. Se oían muchas historias de recuperación. Johan había hecho una lista de todas las recuperaciones sobre las que había leído u oído, de hombres y mujeres con diagnósticos parecidos al suyo que habían sobrevivido. Podría llegar a convertirse en uno de ellos. En uno de los que sobrevivieron.

Pero cuando ya no tuviera ánimo para seguir luchando, entonces quería morir con dignidad. Antes de que lo encontraran hundido en su propia mierda. Antes de que fuera una carga para Mai. Ésa era su elección, ella tendría que comprenderlo. Sería su último grito de socorro. Iba a luchar. Ah, sí. Lucharía. Pero cuando la lucha ya no sirviera de nada, le pediría que le ayudara a morir sin demasiados dolores y sin tener que sufrir humillación.

Johan se encontró cara a cara consigo mismo en el espejo.

Lo del perro había dejado ya su huella en el día. La verdad era que no quería ningún perro. Cuando hubo que sacrificar a Charley, a la edad de ocho años, decidió no volver a ser nunca más amo de un perro. Por eso no era el deseo de un perro lo que le había ensombrecido el día, sino el que una conversación normal y corriente entre dos cónyuges sobre si iban o no a comprar un perro se convirtiera en algo tan jodidamente existencial. Un asunto de vida o muerte, como todo en esos días. Y a la vez no. Mai no quería tener un nuevo perro porque creía que Johan pronto cogería el sombrero y se marcharía (¡ja, ja, qué expresión, pensó Johan, haciendo una mueca a su propio reflejo, «Coger el sombrero e irse»! Cojo el sombrero y me voy. Johan Sletten coge el sombrero y se va) y ella no quería responsabilizarse sola de un perro. Pero no fue lo que ella dijo. Jamás quería hablar de ello. Todas las conversaciones, incluso las más triviales, las más tontas, trataban de que Johan pronto cogería el sombrero y se marcharía. (Eso de coger el sombrero y marcharse debería relacionarse más bien con marcharse de un lugar de trabajo, pensó Johan; él se iría más lejos, se iría al otro mundo, estiraría la pata, la palmaría). ¡Pero hablar de ello…, eso no! Ella no quería. En realidad tampoco quería él. Pero ya no hacían planes para el futuro, como solían hacer. Mai no quería. No quería reconocer que creía que Johan iba a morir, pero tampoco quería hacer planes para el futuro. Ni siquiera quería disimular. Mai no era así.

Lo del perro le había dado en qué pensar y ahora quería hablar con ella. Había caminado por su pequeño jardín de Värmland maldiciendo el tiempo inestable (que se había tomado como algo personal, como un presagio) y pensaba que pronto controlaría la situación. Una voz, su propia voz, le dijo que tomara las riendas. Sí, así era. ¡Una voz, un suspiro diferente más profundo dijo que ya era hora de tomar las riendas, coño! Y justo en ese momento el sol asomó por detrás de las nubes para brillar sobre él, brillar con una pequeña parte de su enorme fuerza sobre mi frágil amigo Johan Sletten, que pensaba que ya era hora de tomar las riendas de la situación.

Volvió la cara hacia el cielo y dejó que el sol le calentara.

Ya era hora.

Ése fue el tema de conversación de Johan y Mai en la tarde de aquel día. Habían cenado. Johan no tenía mucho apetito. La comida, incluso la buena comida, le daba náuseas. Pero aún disfrutaba de vez en cuando con una o dos copas de vino, y así lo hizo aquella noche. Estaban sentados a la mesa de la cocina, debajo de la lámpara azul. El absceso de la mejilla izquierda de Johan estaba como iluminado por una luz rosa y Mai dijo, un poco distraída:

—Tu absceso está al rojo vivo, voy a curártelo.

Se levantó.

—¡Siéntate, Mai!

Mai lo miró extrañada y volvió a sentarse.

Johan dijo:

—¡Deja mi cara en paz! Tú y yo tenemos que hablar. Tomó aliento.

—¡Lo he decidido así!

Los dos se estremecieron ligeramente por el tono de su voz.

—Y que nadie nos estorbe —prosiguió Johan levantando la mano y tocándose la cara.

—Pero hombre… —Mai se echó a reír.

—He… —la interrumpió Johan—. He estado pensando.

—Bien.

—Quiero que me escuches sin interrumpirme. Esto es importante. Necesito tu ayuda, Mai. Te necesito… más que nunca.

—¿Johan?

—He estado pensando.

Mai asintió con la cabeza.

—Estoy enfermo, pero quiero luchar contra esto. Quiero. Tal vez me cure del todo… tal vez me recupere… pero si no …

—Johan —le interrumpió Mai con dulzura—. ¿No puedes vivir el día a día? Ahora te encuentras mejor, ¿verdad? ¿No podemos disfrutar de este tiempo juntos sin pensar demasiado?

—Deseo tomar algunas decisiones ahora —susurró Johan—, para poder vivir el resto de mi tiempo contigo, Mai. En paz. Lo único que deseo es paz.

—No tendrás paz mientras intentes prever todo lo que va a ocurrir en el futuro. A mí mañana puede caerme un ladrillo en la cabeza, y entonces adiós, good bye, Mai, para siempre. De nada sirve prever …

—Pero escúchame de una vez —gritó Johan—. Sólo digo que quiero luchar contra esto, que quiero vivir. Quiero vivir. No quiero morir. Pero te pido que me ayudes cuando…, cuando la enfermedad se convierta en una carga… —buscó las palabras correctas—, en una carga para los dos.

Mai miró al suelo.

—No eres una carga —susurró.

—Pero podría llegar a serlo.

—Yo no pienso así —se apresuró a decir Mai.

—Tengo miedo de los dolores, Mai.

—Los dolores pueden aliviarse. Y yo estoy contigo. Estoy contigo todo el

tiempo.

Johan miró a Mai agradecido. Luego dijo:

—Tengo miedo de las humillaciones. No quiero que me veas así, tengo miedo de perder el control. No quiero que lo último que recuerdes de mí sea el hedor. Recuerdo cuando mi padre… No terminó la frase.

Mai lo miró y tomó aliento.

—Entiendo lo que dices, pero… —se interrumpió a sí misma.

Mai había dicho «pero». Él quería saber lo que seguía al «pero». Quería saber si repetiría las palabras «Estoy contigo». Que independientemente de lo que le pidiera, ella repetiría las palabras «Estoy contigo todo el tiempo». Pero no dijo nada más. No dijo «Estoy contigo» ni ninguna otra cosa. No dijo nada. Empezó a poner la mesa. Él se quedó sentado mirándola. Su pelo, que llevaba recogido en una larga trenza gris, sus grandes manos con las uñas cortas y limpias, un fino arco blanco en la punta de cada uña. Una señal de buena salud, le había dicho ella una vez. Alice, su primera mujer, tenía las uñas gastadas y finas, y se las mordía en cuanto se olvidaba de controlarse. Iba de vez en cuando a un salón de belleza para que se las arreglaran y se las pintaran de rosa. Luego llegaba a casa agitando las manos, sus minúsculas manos chinas, ante la cara de Johan, preguntándole si le parecían bonitas. Miró sus propias manos con las uñas sin cortar. También tenían unos finos arcos blancos en las puntas. Una vez él juntó la palma de su mano con la de Mai y dijo «Tenemos unas manos muy parecidas», y ella retiró la suya diciendo que compararse las manos traía mala suerte.

Mai le había prometido que estaría con él todo el tiempo. Le tendría cogida la mano hasta que todo hubiera acabado. No lo dejaría solo. Su mano con la de ella. La mano de Mai era la buena mano y él quería que su mano fuera lo último que sintiera en esta vida. Que lo llevara de la mano hasta la otra orilla.

Siempre había pensado así en las manos de Mai, como buenas manos. Manos tranquilas. Ella, que para todo lo demás era tan rápida, podía de repente acurrucarse junto a él. Era la manera en la que le acariciaba el cuerpo, el lento movimiento de su mano sobre el vientre hacia abajo, la manera en la que se cerraba alrededor del escroto tan lentamente, tan juguetona y lenta su mano. No un movimiento entrecortado, torpe ni brusco.

Otras mujeres no tenían manos. Sólo Mai tenía manos.

Mamá. De tarde en tarde, antes de morir ella, se citaban en alguna chocolatería y tomaban chocolate caliente con nata y bollos. Una vez, él le pidió que le hablara de su padre. Por regla general, no hablaban de nada en particular. Ella le hablaba de su insoportable vecina, de las señoras del club de bridge, de sus largas y solitarias excursiones a los grandes almacenes. Pero cuando Johan le pidió que le hablara de su padre y ella iba a contar algo, se detuvo de repente y se calló.

Estaba sentada frente a él.

—No soy capaz —susurró con un hilo de voz. Su cara arrugada se volvió hacia él. Tenía los ojos humedecidos.

—Tú no puedes entenderlo…, cada vez que intento pensar en papá sólo veo imágenes de los últimos días. Tu padre sucio de… tu padre en la más profunda miseria… Johan. Y yo sin poder ayudarlo. Es como si esas imágenes se hubieran colocado por encima de las demás, de las buenas imágenes. Hubo muchas buenas imágenes. Tu padre y yo…, fue un buen matrimonio. Él era un buen hombre. Pero me he quedado con las imágenes dolorosas. Las imágenes repugnantes. Y no puedo desplazarlas. No puedo borrarlas. Lo intento. Intento imaginarme otras imágenes. Buenas imágenes. Pero no lo consigo. No puedo defenderme contra lo repulsivo.

Johan oyó de repente que Mai bostezaba en su sillón, tras dejar el libro en su regazo. Las llamas de la chimenea se habían extinguido. Era hora de acostarse. No hablaron. Se limitaron a hacer las cosas que hacen los cónyuges por la noche, sin estorbarse, sin pisarse. Abren la cama. Se cepillan los dientes, cierran la puerta del baño, van al servicio y se lavan las manos. Se dan las buenas noches con un beso. Apagan la luz.

Así era siempre, pero Johan sabía que esa noche no podría dormir. Ya no dormía casi nada, pero no tenía en vela a Mai con sus quejas. A Johan le dolía la cabeza. Un dolor insistente sobre el ojo derecho, como si un pequeño ser enfurecido le hubiera empotrado el puño en la frente. Por otra parte, no era raro tener dolor de cabeza con un tiempo tan inestable. Lo peor eran las náuseas porque perduraban, el edredón le daba demasiado calor y olía un poco, y era incapaz de encontrar una postura cómoda para dormir. Intentó pensar en todas las células sanas de su cuerpo que mataban a las enfermas. Intentó imaginárselo como le había aconsejado un psicólogo. Pero en su interior sólo veía lo contrario, muerte, muerte, muerte, muerte sobre las células sanas. Maldijo al psicólogo y los malos consejos de todos los jodidos

psicólogos. Se estaba poniendo cada vez peor.

—¿Estás bien, Johan?

La voz de Mai era dulce. Tampoco ella se había dormido. Johan dijo:

—Dame la mano, tengo miedo.

Mai le dio la mano.

—No tengas miedo. Te quiero.

La voz de Johan se quebró.

—¿Vas a ayudarme cuando ya no pueda soportarlo? ¿Vas a ayudarme?

Mai se calló y le apretó la mano.

Ninguno de los dos dijo nada.

Así permanecieron un buen rato, tumbados boca arriba uno al lado del otro, cogidos de la mano en la oscuridad. Johan cerró los ojos. Sintió la mano de ella, su respiración, su aroma, su casi sueño, y curiosamente logró dormirse. La náusea se fue. También el dolor de cabeza. Esta noche sería posible dormir. Era posible, pensó Johan apretando la mano de Mai. Dormir. Paz. Eres mi mejor amiga, Mai.

En el instante en que el sueño lo envolvió con su gran capa negra, Mai se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla.

Johan abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —susurró—. Creí que estábamos dormidos.

—No estábamos dormidos —contestó ella—. Yo al menos no.

—¿Qué pasa, Mai?

Ella suspiró.

—¡Lo que me pides que haga, Johan, va en contra de la ley!

—¿El qué?

Johan se frotó los ojos.

—Lo que me pides. Lo que me has pedido hoy varias veces.

—Ah, eso —susurró Johan.

—Va en contra de la ley.

—¿Qué jodida ley? —preguntó él.

—La ley noruega. Todo lo que representa el Colegio Noruego de Médicos.

Johan ya estaba despierto.

—¿Y tu propia ley, Mai?

Mai dio un manotazo en el edredón y miró a Johan.

—Mi propia ley no viene a cuento ahora. ¿No entiendes que me estás pidiendo que cometa un acto criminal? ¿No lo entiendes?

A Johan se le llenaron los ojos de lágrimas. No se esperaba eso.

—Tendremos que irnos a Holanda —dijo en voz baja—, o a Bélgica, o a un país donde eso no constituya un delito. Tendremos que quedarnos esperando en un hotel a que ese cuerpo moribundo esté lo suficientemente podrido para que tú, con la bendición de la ley, puedas… (porque para ti es importante, ¿verdad?), con la bendición de la ley puedas ponerme una inyección. —Johan tomó aliento.

Los dos se quedaron callados. Por fin dijo él, ahora en voz baja:

—Pensaba que era por otras razones. Pensaba que no querías hacerlo… por razones personales. Yo no tenía en cuenta lo jurídico. Créeme. Veía esto como un acto personal, Mai, un pacto entre dos viejos amigos. Un acto de misericordia, eso es todo.

—Sí —dijo Mai.

—Tú fuiste la que llevaste a Charley al veterinario; entonces no dijiste ni mu.

—Así es.

—Guau, guau —murmuró Johan.

Ella sonrió.

—Déjalo —prosiguió Johan, como para terminar la conversación—. Tal vez sobreviva a esto. Eso es lo que quiero, ¿sabes?

Mai no estaba escuchando, se encontraba en otra parte, pensando en otras cosas. Él estaba sentado a su lado en la cama, le tocó el brazo, pero ella no le hizo caso.

—¿Hola, Mai? —susurró—. ¿Dónde estás? Vuelve aquí.

De repente ella le cogió la mano.

—¿Quieres saber por qué esto me resulta tan difícil, Johan? ¿Quieres saber lo que opino?

—Creí que estábamos durmiendo —señaló él.

—Te diré lo que opino —dijo Mai con los ojos llenos de lágrimas—. Opino que es monstruoso forzar a una persona a vivir en contra de su voluntad. Opino que es monstruoso que a personas moribundas con grandes dolores no se les ayude a morir cuando quieran, cuando lo pidan, quiero decir. Tú hablas de dignidad. No hay dignidad, Johan. Una persona moribunda, sea vieja o enferma o ambas cosas, se infantiliza, primero por la naturaleza, luego por culpa del sistema de sanidad. ¿Crees que a eso puede llamarse respeto por la vida? Sé que opinas que no. Y yo no quiero verte así. No quiero. Va en contra de todo lo que es bueno, hermoso y vivo.

Johan miró el edredón.

—Sí —contestó.

—Me pides que te ayude, y quiero ayudarte, Johan. Quiero. Eres mi marido y quiero darte todo, también eso. Pero tengo miedo. Tengo miedo de que me falte valor porque eres tú. Porque eres mi mejor amigo. Porque no quiero verte morir aunque estés sufriendo. Y tengo miedo de las consecuencias… Será malinterpretado, tergiversado.

Va demasiado lejos, pensó Johan. Va demasiado lejos. Yo no quiero esto. No así.

—Pero no es seguro, Mai. Lo cierto es que me encuentro bastante bien. Creo que estoy mejor —dijo.

Mai cogió su mano entre las suyas. Acercó aún más su cuerpo al de él y lo besó en la boca.

—Mi amado Johan.

Johan carraspeó y dijo:

—En mi opinión, no debemos llevar esta discusión demasiado lejos. Mantengo lo que he dicho: no quiero morir como mi padre, sin dignidad, sin humanidad. Pero tampoco debemos llevar esto demasiado lejos. Estoy aquí a tu lado, vivito y coleando.

Johan se levantó de la cama y se puso a dar saltos en medio de la habitación, a la luz blanca de la lámpara de la mesilla.

—¡Vivito y coleando, lo ves! —Agitaba los brazos, saltaba y gritaba—. ¡A partir de ahora podrás llamarme Johan el Saltarín!

Johan saltaba. Respiraba con dificultad, se le hizo un nudo en el pecho, pero él seguía saltando. Johan el Saltarín saltaba arriba abajo, arriba abajo. Y cada vez que aterrizaba, se oía un golpe en el suelo de madera. Bum, bum, bum.

Mai se tapó la cara con las manos.

—Déjalo, por favor —susurró—. Ven a dormir.

Johan continuó saltando. Bum, bum. Que esta mujer vea que soy capaz de estar saltando hasta el amanecer, pensó.

—¡Mírame! —jadeó—. ¡Mira, Mai!

—¡Déjalo ya! —gritó ella.

—Quiero que veas a alguien que puede saltar hasta el amanecer, hasta que cante el gallo —gritó él.

Mai empezó a llorar.

Johan paró. Respiraba con dificultad. La miró. Ella tenía los codos sobre el edredón, y la cara tapada con las manos.

Johan se sentó. Le acarició el pelo.

—¿Mai?

—¿Por qué haces eso?

—¿Saltar, quieres decir? —La voz de Johan sonó terca.

Cogió el rollo de papel higiénico que estaba en la mesilla por si sangraba durante la noche, arrancó una larga tira de papel y se secó la frente.

Mai lo miró.

—Dices que quieres hablar en serio sobre esto, Johan, y hablamos. Pero luego intentas convertirlo todo en una broma. ¿Sabes? Trivializas la situación, Johan. Haces todo lo que puedes para no hablar de lo que se nos ha venido encima, de lo que se nos ha venido encima a ti y a mí. Estás enfermo, Johan. No vas a mejorar. ¿No te das cuenta de lo que duele eso? Y que no lo quieras entender. Eso también duele. Tenemos que hacer algunos planes. Tenemos que arreglar…

Volvió a quebrársele la voz.

—Quiero luchar, Mai —dijo él con un hilo de voz. Se secó la frente y la cara con el papel. Le chorreaba el sudor, respiraba con dificultad y notó de nuevo las náuseas, como si algo que reptara por su tripa y su garganta quisiera salir, pero él seguía susurrando que lucharía y luego murmuró que ella no debería quitarle la esperanza, que le cogiera la mano y le dijera que estaría siempre con él, pero ella no lo oyó, tal vez porque él era incapaz de formular las palabras y decirlas en voz alta.

Mai dijo:

—Esta conversación empezó, Johan, con que tú me pediste algo y yo tengo que saber si estás seguro de lo que me estás pidiendo, y si es eso lo que quieres cuando llegue el momento. Ésa es una de las cosas de las que tenemos que hablar.

Johan la miró:

—¿Y las consecuencias? Para ti, quiero decir.

—No lo sé.

Mai apagó la lámpara de la mesilla y estuvieron un rato tumbados en la oscuridad sin decir nada, escuchando cada uno la respiración del otro.

Luego Johan susurró:

—Prefiero que me digas que vas a estar conmigo cuando todo se ponga difícil. Que vas a cogerme la mano. Lo dijiste antes, ¿sabes?, y me gustó mucho oírlo. Me gustaría tanto que lo repitieras… Lo otro… que vas a ayudarme si…, no lo había pensado del todo, pero tú lo tomaste en serio. Me entró miedo.

Johan soltó una pequeña risa.

—No sé lo que quiero, ¿sabes? No sé lo que me espera y no sé lo que quiero.

Ella le apretó la mano. Él prosiguió.

—¡Sí, lo sé! Quiero estar aquí a tu lado.

—Estarás aquí a mi lado.

—Sólo eso. Nada más.

—Sólo eso.

—¿Podemos olvidar lo otro? No me gustó esa conversación. Prefiero vivir el día a día.

—Lo olvidaremos.

Johan respiró aliviado.

—Buenas noches, Mai.

—Buenas noches, Johan.

Primero fue la luz. Blanca. Ardiente. Y luego el dolor de cabeza. Johan se despertó por el dolor de cabeza. O por la luz. O por ambas cosas. El dolor de cabeza y la luz. Las sábanas estaban empapadas de sudor. Del sudor de él y del de ella. Aquel puño se había adentrado aún más en su cráneo, aunque ya no era un puño. Era una mano que tenía cogido un martillo. Era una mano que golpeaba con un martillo dentro de su cabeza. Que lo destrozaba a martillazos, pensó. Golpear, golpear, golpear, murmuró. Sigue así. Sigue. Johan consiguió salir de la cama y entrar en el baño. Vomitó en el lavabo y se encontró con su propia mirada en el espejo. El absceso le sonreía, rojo. Sabía que tendrían que volver a la ciudad. Esto no funcionaba. El estar fuera no funcionaba. Lo había comprendido ya el día anterior. La diferencia era que ahora corría prisa.

Se enderezó y volvió al dormitorio.

Mai se había levantado, había encendido la luz y estaba haciendo el equipaje.

—Sólo voy a llevarme lo más importante —dijo—. Volveré dentro de un par de días a recogerlo todo.

—Creo que debemos irnos enseguida —susurró él.

—Lo sé, Johan.

Ella lo miró, intentó aparentar que estaba tranquila, pero él vio en su cara exactamente lo que ella veía en la de él.

—¿Tan grave es? —susurró Johan.

—No, no —contestó ella volviéndose.

Johan le cogió la mano y se sentó en el borde de la cama. Ella se sentó a su lado. Se quedaron sentados cogidos de la mano.

—No quiero esto, Mai. No quiero que sea peor que esto. El dolor de cabeza…, me…, no sé por qué me duele tanto la cabeza.

—Ya lo averiguaremos.

—Lo que hablamos ayer…

—Sí.

—No sé lo que me pasó… el no poder acabar una conversación que yo mismo inicié. Es importante para mí, ¿sabes? Mai quiero que me ayudes cuando llegue el momento. No soporto esto.

Johan empezó a sollozar.

—¡Ayúdame, Mai! ¡Tengo que saber que me queda algo de control! ¡Las cosas ocurren sin más! ¿Lo entiendes? ¡Quiero un poco de control! ¡Prométeme que vas a ayudarme!

—¡Te ayudaré!

—No quiero verme humillado.

—No te verás humillado.

—Quiero control.

—Tendrás control.

—¿Y dignidad?

—Y dignidad.

—¿Me ayudarás?

—Te ayudaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Ella se acercó más a él, lo abrazó y susurró:

—¿Estás seguro de esto, Johan? Tengo que saber que estás totalmente seguro.

—Sí.

—Si no estás seguro tienes que decírmelo.

—Estoy seguro.

de ella. Como si por fin se hubiera relajado. Se la imaginó sentada al piano las pocas veces que se olvidaba de que no era lo suficientemente buena. ¿Qué era lo que había dicho su padre? No tenía el don. Las pocas veces que se olvidaba de que no tenía el don.

¿Don?, pensó Johan, y de nuevo vio en su interior la cara de Mai.

Johan susurró: No tengo fe. No tengo esperanza. Pero tengo amor.

¿Alivio, tal vez?

Sí, eso era. Ésa era la palabra que estaba buscando.

Fue alivio lo que vio en su cara cuando él dijo que estaba seguro.

Paz, no, sino alivio. Pobre Mai.

Le había prometido lo que él le había pedido. Una y otra vez se lo había suplicado y al final Mai había dicho que sí, y él había visto alivio en su cara. Algo dentro de él se rompió. No se lo había imaginado así. Quería gritarle, sacudirla, suplicarle, sólo tocarla. ¡No era así como me lo había imaginado, Mai! Pero fue incapaz. No le salió nada. Dolía. Las palabras no le salían. Sólo el llanto. O ni siquiera el llanto, sólo sonidos extraños y repugnantes, como de otra boca. Y los dolores de cabeza, como si estuvieran dentro de otra cabeza. Johan se metió en la cama, se tapó la cara con el edredón y se quedó quieto, completamente quieto. Como cuando era niño y esperaba a que su madre lo encontrara, le cogiera en brazos y lo consolara hasta que todo hubiera pasado.

3 LA PUERTA

Su cuerpo de viejo, desnudo y entre azulado y blanquecino, lleva el camisón verde del hospital y nada debajo. El pene, los testículos, los glúteos, todo está al descubierto. Como una niña demasiado grande en un vestido de domingo heredado, piensa, y tira del camisón del hospital. Incluso con el cerebro lleno de la sustancia tranquilizante que te dan antes de la anestesia, se acuerda de tirar del camisón del hospital. ¿Por qué no cubre ese camisón de hospital lo más esencial, lo más íntimo? Johan Sletten siempre ha querido mantener a cierta distancia a los seres humanos. Pero ahora está aquí tumbado, con los órganos sexuales al descubierto, como si de una flor marina se tratara.

Las personas vestidas de verde hacen caso omiso.

Las personas vestidas de verde no tienen cara, sólo manos, una infinidad de manos, como si todas formaran parte del mismo cuerpo, piensa, y abre la boca para decírselo, pero de su boca no sale palabra alguna. Dentro de unos momentos el cirujano volverá a meterle el cuchillo una vez más, cortará a través de capas y capas de piel, cartílagos y músculos, y todo el tiempo correrá la sangre. Aunque aquí todo está verde y tranquilo, como en el fondo de un gran mar. Y en el instante en que la anestesista —una voz, nunca una cara, sólo una voz— susurra con ternura infinita ahora vas a dormir, Johan, él ve en su interior el cuchillo de pan algo oxidado del cajón de la cocina (el segundo empezando por arriba) de la casa de Värmland, ve a Mai, que acaba de hacer pan, ¿o tal vez es su madre?

¿Es mi madre?

Y cuando todo esto haya acabado hablará a las personas vestidas de verde y a todos los que están aquí abajo en el fondo del mar del sabor de una rebanada de pan recién hecho con mantequilla y mermelada casera de fresas.

de Johan, en un piso de tres habitaciones en la calle Ole Vigs, en el barrio de Majorstuen, en Oslo. Los chicos iban al colegio de Majorstuen, y su vida transcurría sin muchos sobresaltos. Cuando llegó la paz, en 1945, John oía a su madre cantar por lo bajo en sueco en la cocina:

En mi minúsculo mundo de flores, siempre habrá felicidad.

El día más espléndido del año para la familia, al menos para los hijos y en particular para el más joven, Johan, era la Nochebuena. Basta con oír la palabra. Di Nochebuena muchas veces y es como si se abriera un abanico verde, decorado con brillantes pinceladas de múltiples colores.

La Nochebuena se celebraba en casa de la abuela materna de Johan, la señora viuda de Lind, una resuelta mujer de pelo gris que, a pesar de su aspecto severo y de que sus regalos de Navidad eran casi siempre bufandas y medias de lana hechas por ella, adoraba a su familia. Cuando en Nochebuena acababa de poner la mesa con mantelería de damasco, vajilla de porcelana azul y sus finas copas de cristal con alguna que otra raja en alguna de ellas; después de encender las velas del árbol de Navidad que Johan y su hermana habían puesto la noche anterior, y después de haberse puesto su mejor vestido, que era rojo, una vez que todo estaba preparado y decorado, se ponía delante de la ventana, detrás de las cortinas rojas del piso en el que vivía en el barrio de Frogner, con una copita de jerez en la mano, y esperaba a que llegaran los invitados. Y cuando los veía llegar, con calzado de invierno, grandes abrigos, gorros de lana en la cabeza y regalos empaquetados en los brazos, pisando la nieve dura en una espléndida y luminosa tarde invernal, ella se susurraba a sí misma: «¡Mira, mira! ¡Ahí viene mi pequeña familia!».

Johan tomó aliento. Ahora le llegaría todo. Ni siquiera había abierto los ojos. Pero ahora llegaba todo, todo junto, sin ningún orden. La Nochebuena. La abuela. Y mamá.

La madre de Johan, que hasta su muerte cuidaba de su pequeño mundo… Oía su voz, desde muy muy lejos, detrás de la puerta, no la puerta pintada de azul de su dormitorio, no la puerta cerrada del dormitorio, el pórtico celestial de su padre, sino la puerta de la cocina, que no podía llamarse indecente u otra cosa, sólo segura, porque estaba siempre medio abierta. Y detrás de la puerta de la cocina un mechón de pelo de mamá, el sonido de la voz de mamá.

La cánula de la mano no dolía, las sábanas estaban blancas, limpias, tiesas, lavadas a cien grados en lavadoras de grandes bombos en el sótano del hospital. Los seres vestidos de verde entraban y salían de la habitación. El cuerpo de él no era ya ningún secreto para ellos. Lo habían abierto, lo habían mirado por dentro, muy dentro, estudiado un órgano tras otro, tocado todo aquello que palpitaba, respiraba y vivía. Pero no habían tocado al monstruo. Bueno sí, habían cogido un trozo de aquí y otro de allá. Pero no al monstruo en sí, no. La rata. Porque era una rata lo que se había alojado en su cuerpo. Bailaba, aullaba, fornicaba y procreaba nuevas ratas delante de sus narices.

Pronto lo sacarían de cuidados intensivos. Volvería a su habitación con los demás pacientes. Mai ya había ido a verlo; se había sentado en el borde de la cama, se había encontrado con su mirada al despertar, le había cogido la mano y acariciado la mejilla. Y al cabo de un rato, convencida ya de que estaba totalmente despierto, totalmente presente, le susurró que no había nada que hacer.

Los seres vestidos de verde lo habían abierto, lo habían estudiado por dentro y concluido que no había nada que hacer.

No les quedaba más que volver a cerrarlo.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo, Johan? —susurró.

—Creo que sí.

—He querido decírtelo yo misma. No quería que…

Johan asintió con la cabeza y la miró.

—¿Sabías, mi pequeña Mai, que mi padre pintó de azul la puerta de su dormitorio? La llamaba el pórtico celestial.

Mai se inclinó sobre él y lo besó en la boca.

Johan notó el aroma a su pelo largo. A manzana. O tal vez fuera pera. En cualquier caso, era una fruta.

Más tarde lo trasladaron a una habitación de seis. Sólo había un hombre en ella. Un hombre que tosía. Johan pidió un biombo. No tuvo que pedir la bomba de morfina, se la proporcionaron sin más.

Fue a mediados de agosto. Tres semanas después había muerto.

No fue una sorpresa para nadie. Podría haber vivido un mes más, tal vez dos. Quién sabe. Pero el monstruo habría triunfado al fin y los dolores podrían no haber sido soportables. Mai consideró que los dolores de Johan ya no eran soportables. Una noche se sentó en el borde de su cama.

—Johan —susurra, pero él no contesta, sólo emite un leve jadeo. Ella lo observa un buen rato. Al final abre su bolso y saca dos jeringuillas. Lo ha preparado todo. Ha tenido que hacerlo. No puede correr el riesgo de que alguien venga a estorbar, a armar un escándalo, o que a ella misma le falte valor en el momento de coger las jeringuillas y los recipientes.

—Johan —dice una vez más.

Él abre los ojos y la mira, la mira fijamente.

—Ha llegado la hora… ¿no es así? —pregunta ella.

Él la mira.

—Creo que ha llegado la hora, Johan. —Esta vez no lo pregunta.

Él no dice nada. Pero ella lo conoce. Ellos tienen un idioma diferente. Un idioma suyo. Él mismo lo decía muchas veces. ¿O era ella quien lo decía? Y ha llegado la hora.

—Te quiero —susurra ella, y él cierra los ojos.

Y ella levanta la mano, le moja la piel del brazo con un trozo de algodón y le inyecta la jeringuilla del somnífero. Ve que se duerme y que ya no siente dolor, que todo va bien. Y luego le inyecta la jeringuilla que contiene el medicamento Curacit, que paraliza los músculos. Espera y observa. Tan rápido y sin embargo tan imperceptible. No hay ningún cambio en el rostro de Johan. El absceso de la mejilla sangra un poco, pero no mucho. ¿Qué se esperaba? Ha visto morir a otros antes. Es como tomar aliento. Coge su muñeca y busca el pulso. Casi ha acabado. Casi. Se inclina sobre él —el movimiento hace que su blusa cruja— pone el oído junto a su pecho. ¡Bien! Ya está hecho. Ella se retira.

Exactamente tres semanas antes: Johan cierra los ojos y piensa que el pelo de Mai huele bien. Se la imagina delante del espejo, el paso del cepillo por el pelo. Uno-dos-tres-cuatro-cinco.

Si se hubiera incorporado en la cama, si hubiera logrado incorporarse en la cama, habría visto un mechón de pelo de mamá detrás de la puerta de la cocina. Habría oído su voz. Las canciones que solía canturrear. Sobre todo esa canción. Esa tonta cancioncilla sueca que a ella le encantaba cantar mucho tiempo después de que todo el mundo la hubiera olvidado.

Todo lo bonito que he soñado en el corazón lo he guardado. Hay una imagen de la felicidad que jamás olvidaré en mi pequeño mundo de flores…

—¿Recuerdas nuestros paseos, mamá?

—Claro que los recuerdo.

Ella estaba sentada en el borde de su cama, mirándolo con aire preocupado, como cuando era pequeño, tenía fiebre, debía guardar cama y no podía ir al colegio. Ella llevaba un vestido azul y zapatos beige planos. Su largo pelo oscuro le colgaba en una trenza por la espalda.

—¿Podrías ponerme la mano en la frente, mamá?

Ella negó con la cabeza.

Aquel verano Johan tenía cinco o seis años, no más. Sería el treinta y nueve. La familia había alquilado una casa en el campo. Y todos los días Johan y su madre iban de excursión a buscar fresas silvestres.

Ella iba delante, él detrás. Cada uno llevaba un cubo blanco en la mano.

Mamá era una larga trenza marrón que le colgaba por la espalda, un fino vestido blanco de algodón y un culo que oscilaba cuando andaba.

Pues sí, así fue.

—¿Llevabas una larga trenza marrón y un fino vestido blanco? —preguntó Johan en voz alta.

Levantó la vista.

Su madre seguía sentada en el borde de la cama, sonreía.

—Y un día fuimos cada uno por nuestro camino —dijo Johan.

El niño, el pequeño Johan, avistó un claro en el bosque y fue hacia él, alejándose del sendero, alejándose de su madre. Y allí, en el claro, entre musgo y ramas, debajo de un gran árbol, encontró las fresas. Primero descubrió una grande y roja, y luego otra, y otra más, y cuando se agachó para mirar bien vio muchas. Muchísimas. Podría llenar el cubo entero.

Johan se volvió a mirar a su madre. Quería enseñarle las fresas.

Siempre era la madre la que encontraba los lugares de fresas silvestres. Nunca él. Hasta hoy. Y cada vez que la madre encontraba un lugar de fresas, hacía a Johan una seña con la mano para que se acercara y se llevaba el dedo índice a la boca para que no hiciera ruido. Como si un sonido agudo o un movimiento imprudente pudiera transformar las fresas silvestres en trébol y liquen delante de sus ojos. Ni siquiera debía pestañear.

—Estos lugares no existen en la realidad —susurró ella—. Más vale coger las fresas antes de que desaparezcan. No les quites ojo.

Johan estaba arrodillado en el musgo cogiendo fresas sin cesar, y de vez en cuando se volvía para ver si la veía.

¿Dónde estaba mamá?

No se atrevía a llamarla hasta que el cubo estaba lleno.

Estaría muy orgullosa de él.

Él, el pequeño Johan, estaba cogiendo fresas de sobra para toda la familia.

Se volvió de nuevo. ¿Por qué no venía su madre? ¿Por qué no comprendía que él había encontrado un lugar así, un lugar de ésos donde uno tenía que estarse muy quieto para que no se rompiera todo? Había que engañar al lugar para que creyera que tú no lo habías visto, que no lo habías tocado, que ni siquiera estabas allí. Johan estaba tumbado en el musgo cogiendo fresas sin parar, y cada vez que dejaba caer una fresa en el cubo, cada vez que se volvía a buscar a su madre con la mirada (una vez incluso la llamó, un grito muy bajo, pero un grito al fin y al cabo: ¡M-A-M-Á! ¡M-A-M-Á!

muy bajo, porque el lugar lo oye todo) y cada vez que alargaba la mano a por más —¡sí, todavía más!— temía que el lugar se vengara de él delante de sus ojos y se convirtiera en una ciénaga gris, habitada por monstruos. Johan se volvió, ¡MAMÁ!, gritó. ¿Dónde estás? ¡MAMÁ! Miró a su alrededor. Los árboles, el cielo, la hierba. Nada. Ahora habría roto todo, seguro. ¿Acaso no era él quien gritaba? Y todo y todos salvo su madre lo habían oído. Todo se había roto. Lo único que podía hacer era esperar. Se tumbó en el musgo y se tapó los oídos, pensando que la ciénaga era peor que los monstruos. ¡MAMÁ!

Entonces notó los dedos de ella en el pelo, su voz en lo alto entre las copas de los árboles y la luz. ¡Pero Johan, qué te pasa! Si estoy aquí al lado.

Se puso boca arriba y la vio. Vestida de blanco, quieta, sonriente y con el dedo índice sobre la boca.

Él se incorporó.

—¡Mamá, mira! —susurró.

Le enseñó todo lo que había cogido antes de que le entrara el miedo. Ella sonrió, se agachó sobre el cubo, acercó la cara e inspiró el olor.

—Tendrás que llevarlo tú mismo a casa —dijo sonriente—. Todo esto es tuyo.

mano, le preguntaba si le dolía la herida, le mojaba los labios con agua. Poco a poco Johan se fue recuperando. La morfina era un regalo. Un maravilloso regalo divino. Literalmente, pensó. Llamado así por Morfeo, el dios de los sueños, hijo del dios del sueño, Hipnos. Había, no obstante, días en los que no tenía nada de sueño. La morfina le estimulaba. Y un día, cuando llegó Mai, estaba sentado en la cama con almohadas detrás de la espalda, leyendo una biografía que había tenido una excelente reseña en el periódico.

Mai se sentó en el borde de la cama. Él la miró. Estaba maquillada. No mucho. Sólo un poco de color en los labios y en los párpados. Mai nunca se maquillaba. Pero ahora lo había hecho. Resultaba bonito.

Y llevaba un pañuelo de seda roja atado a la cabeza. El pañuelo rojo contrastaba con el largo pelo gris y le daba un aspecto artístico, pensó Johan. Un poco a lo Karen Blixen.

Se lo dijo.

—Y cuando escribas mi biografía la llamarás Fiesta en el valle de la Morfina —añadió.

—Fiesta en el valle de la Morfina —repitió Mai riéndose.

—Sí, ha de ser una larga y apasionada necrología sobre mi vida. Creo que un título así nos conferiría a ti, la autora, y a mí, tu tema, una especie de aureola oscura de misterio y degradación.

—Degradación, vaya, vaya —dijo Mai.

—Degradación, Mai. Tendrás que dar a entender que he vivido una vida ajetreada, peligrosa y destructiva.

Mai le acarició la mejilla.

—Tú eres mi Johan, digas lo que digas.

Allí estaba de nuevo. Esa voz dulce. «Tú eres mi Johan, digas lo que digas».

Él alejó su mano con un pequeño empujón que sorprendió a Mai. Se le humedecieron los ojos.

Johan no quiso mirarla. El hombre de la cama de al lado tosía. Johan susurró:

—Te has maquillado, Mai.

—No, en realidad no. Sólo he…

—Te has maquillado por mí. ¿Querías ponerte especialmente guapa para venir a ver a tu marido moribundo en el hospital?

—Siempre me maquillo un poco. Lo sabes. Hoy no hay ninguna diferencia.

—¿Y llevas un pañuelo rojo en el pelo?

—Sí.

—Estás guapa.

—Gracias.

Ella bajó la mirada. Sus ojos estaban aún enrojecidos. Luego dijo:

—He hablado con Andreas. Le he pedido que venga.

—Ah, sí. ¿Y quiere venir?

—Le dije lo grave que estás, y que tal vez ya era hora.

—¿Y quiere?

—Me dijo que vive con una chica.

—Ya era hora. ¿Qué edad tiene el chiquillo?

—Más de cuarenta. Cuarenta y tres, creo.

—Más de cuarenta, fíjate.

—Me dijo que la chica con la que vive se llama Ellen.

—Ellen —repitió Johan—. ¿Y también ella tiene más de cuarenta?

—No, nada de eso. Veinticuatro, dijo. Y es muy maja, por lo visto. Trabaja en producción.

—¿Producción de qué? —preguntó Johan.

—No sé —contestó Mai—. Producción. Sólo dijo «producción».

—Pero Mai. Tendrás que preguntar en qué clase de producción.

Mai suspiró. Él se volvió a mirarla. Ella se mordió el labio.

—Johan —dijo, ahora con voz firme—, llevas ocho años sin hablar con Andreas, yo apenas lo conozco. Pensé que sería buena idea que hablarais antes de que…, bueno ya sabes.

Se interrumpió.

Johan se volvió de nuevo hacia el biombo.

—¿Lo has oído? —gritó al desconocido del otro lado—. ¡Tengo un hijo! ¡Se llama Andreas!

El desconocido tosió. A través del biombo se veía moverse una sombra.

—Y mi hijo vive ya con una chica. Una niña muy mona de veinticuatro años. Él tiene más de cuarenta.

El desconocido suspiró detrás del biombo.

—¡Cállate ya! ¡Yo también tengo un hijo, sabes! —dijo.

Johan se estremeció. Se acercó más al biombo para escuchar si el otro decía algo más. Pero se hizo el silencio. Sólo se oía el sonido de un cuerpo que intentaba darse la vuelta con dificultad en una alta cama de hospital.

Se volvió de nuevo hacia Mai. Se le había corrido un poco el rímel. Johan sonrió avergonzado y le dio la mano.

—Cuéntame lo que dijo Andreas. ¿Quiere verme?

—Sí, al final sí. Tuve que insinuar que… que estás…, que a lo mejor no quedaba mucho tiempo.

Él la miró y se incorporó bruscamente. Con el movimiento era como si la herida de la operación reventara. Gritó.

—¿Por qué coño hiciste eso?

Mai abrió la boca para explicarse.

—¿Por qué insinuaste algo así?

—Porque Andreas es tu hijo. Merece saberlo. Existe una posibilidad de reconciliación. Quiero que os reconciliéis antes de que sea demasiado tarde.

—Joder, Mai. Estás hablando como si fuera a morirme mañana.

—Estoy hablando de una reconciliación. Estoy diciendo que ha llegado la hora de que os reconciliéis.

Ella calló un instante.

—Johan, la razón por la cual dije todo eso a Andreas es porque me contó que Ellen está embarazada.

—¿Quién coño es Ellen?

—La chica que vive con él. La que te mencioné hace un momento.

—¿La de veinticuatro años?

—Sí.

Johan se rió ruidosamente.

—¿La que trabaja en producción?

—Sí.

Los dos callaron. Luego Mai dijo:

—Un nieto, Johan. Está en el noveno mes del embarazo, saldrá de cuentas dentro de nada. Por eso pensé que tenía que decirle lo que le dije a Andreas.

De nuevo se hizo de noche. Mai se había marchado hacía tiempo. ¿Por qué?, pensó. ¿Por qué llevaba un pañuelo rojo en el pelo?

—Ya era hora, opino yo. Tiene más de cuarenta.

—Tiene cuarenta y tres.

Johan la miró. Sus manos, los dedos con las uñas comidas y pintadas. Su cara de caballo. ¿Por qué precisamente ella, de todos los fantasmas que podrían haberse sentado en el borde de su cama? ¿Por qué no su viejo amigo muerto, Ole Torjussen? ¿O una celebridad? ¿El patinador sobre hielo Oscar Mathisen, por ejemplo? ¿O Strindberg?

Ella interrumpió sus pensamientos.

—¿Será tu heredero, Johan?

—¿Qué coño…?

Alice observó sus uñas.

—No hace falta que te excites, sólo quiero asegurarme de que es Andreas el que hereda el dinero. No quiero que ese dinero que en principio era mío vaya a tu nueva mujer. Fui yo quien lo heredó. Era el dinero de mi padre.

—Está metido en una cuenta, Alice. No he tocado ni un céntimo.

—Ciento cincuenta mil coronas más veinte años de intereses.

—Algo así, sí.

—Es mucho dinero.

—Y todo será para Andreas. Te lo aseguro.

—No me fío de ti.

—Nunca te has fiado de mí.

—Y con mucha razón.

Johan gimió.

—¡Tú ya no estás entre nosotros, Alice!

Se incorporó con gran dificultad y gritó:

—¡Ya no estás entre nosotros! ¡Hace veinte años que no estás entre nosotros! ¡No puede ser que hayas hecho todo este camino, desde tu mundo al mío, para discutir conmigo de dinero! Es demasiado… mezquino.

Ella dijo:

—Tú ya estás prácticamente en mi mundo, Johan.

—¡Vete!

Ella se enfurruñó.

—Pobrecito Johan.

Él le imitó la voz:

—Pobrecito Johan. Pobrecito Johan.

Johan notó que las lágrimas amenazaban con salir y tiró una almohada a la pared.

—¡Te he dicho que te vayas! ¡Déjame en paz!

—Mi queridísimo Johan. No hay razón para armar un escándalo.

Le escudriñó, acercándose más a él, y susurró:

—¿Qué es eso que tienes en la mejilla? ¿Un absceso? Da miedo. Es como si fueras dos.

—¿Por qué no me dejas en paz, Alice?

—¿Te acuerdas de que dijiste que si yo iba al cielo tú querías ir al infierno? Así no tendríamos que pasarnos la eternidad juntos.

Johan asintió con la cabeza.

—¿Entonces fuiste al cielo?

—No tienes nada por delante. Ni cielo, ni infierno.

Sólo la muerte, o algo aún peor —dijo Alice.

Johan canturreó:

Tal vez la muerte esté al acecho detrás de amenazadores corales es ruda, pero honesta, canta, tú canta.

El hombre de detrás del biombo tosió. No había nadie más en la habitación. ¿Dónde estaba Mai? ¿Por qué no venía Mai? ¿Qué hora era? Johan quiso darse la vuelta y decir algo al hombre de detrás del biombo, pero de nuevo oyó la voz de Alice. Insistía, zumbaba y se lamentaba.

—¿Por qué me empujaste al mar, Johan? Sabías que no sabía nadar.

Alice lo miró con ojos penetrantes.

—¿Por qué?

Él reflexionó. Al final dijo:

—Parecía la cosa más natural del mundo, Alice. Tú estabas en el borde del muelle y era evidente que tendrías que acabar en el agua.

—¡Ah! Eso era lo que querías decir.

Mai bajó la vista.

—He vuelto a hablar con Andreas. Le gustaría venir. ¿Vas a tener fuerzas para ello?

—Sí. —Johan la miró fijamente. También sus pendientes eran nuevos. Dos estrellas rojas que colgaban de un hilo de plata. Dijo:

—¿Le hablaste de reconciliación?

—Sí.

—Va a heredar, ¿sabes? Ciento cincuenta mil coronas más veinte años de intereses. Era el dinero de Alice. En realidad tú no vas a heredar nada, Mai, nada más que deudas.

Mai lo miró y le acarició la mejilla.

—¿Has pasado mala noche, cariño? Pareces cansado. No te encuentras muy bien, ¿verdad que no?

Johan le apartó la mano de un empujón.

—He pasado una noche estupenda. Me siento como un corredor de maratón. ¿Sabes qué clase de hombre es Andreas?

—No lo conozco mucho. Parecía ahora más agradable que la última vez que hablamos.

—Es insoportable. ¡Es uno de esos tipos que corrigen a todo el mundo, a amigos y desconocidos, a jóvenes y viejos, absolutamente a todos! No tiene inhibiciones. Si por ejemplo, alguien pronuncia mal una palabra, Andreas esbozará enseguida una sonrisita y corregirá a la persona en cuestión. El problema es que él casi siempre pronuncia mal las palabras.

—Vaya —dijo Mai.

Johan continuó:

—Una vez fue a un restaurante con unos nuevos amigos. Toma nota de

esto, Mai. Siempre amigos nuevos. No hay ni una persona en este mundo a la que Andreas pueda señalar y decir: éste es mi viejo amigo tal. Nos conocemos desde que íbamos al colegio.

—Eso no puedes saberlo, Johan —le interrumpió Mai—. Llevas ocho años sin verlo.

—Es mi hijo. Lo conozco.

Johan tomó aliento.

—¡Sigamos! Andreas estaba en un restaurante con esos nuevos amigos y un joven dijo que iba a pedir Chèvre. Entonces mi hijo Andreas sonrió y dijo: Se llama Chevré, con acento en la última e. Con accent aigu. Así. Puso los labios como para besar y levantó un poco la mano. Chevré! Fácil, ¿verdad? Nadie se lo dijo. Nadie le dijo que su pronunciación era absurda. Simplemente lo dejaron seguir, le hicieron la pelota, mostraron interés por él, le tendieron una trampa. Le preguntaron si hablaba francés, y Andreas contestó que sí, que hablaba un poco de francés. No mucho, pero oui, oui, dijo, y levantó su copa. ¿Entonces, tal vez había leído al infravalorado escritor francés Marcel Bavian, cuyos relatos estaban a punto de ser redescubiertos? Fue una joven la que le hizo la pregunta. Y por supuesto Andreas había leído a Marcel Bavian. Lo leía con sumo placer. Sobre todo los relatos. Marcel Bavian escribía relatos modélicos, concentrados, pero a la vez muy ricos, desprovistos de pretensiones lingüísticas y directamente dirigidos al punto que más duele al lector.

Johan miró a Mai.

—Ése es el tipo de hombre que es. No se dio cuenta hasta más tarde… de que cuando se reían, se reían de él.

—Pero ¿cómo sabes tú eso?

Mai sonrió. Estaba absorta por la conversación. Estaban charlando. A él le gustaba.

—Me lo contó él mismo. No de la manera de la que te lo acabo de contar. ¡En absoluto! ¡Triunfante, Mai! Me contó cómo le había enseñado a su agradable amigo nuevo a pronunciar el nombre de un queso francés, y me preguntó si yo, en mis muchos años de periodista cultural, había oído hablar

del autor Marcel Bavian. ¿Acaso estaba traducido al noruego? Ah, no.

Mai bajó la vista.

—Puede haber cambiado —dijo ella—. Todo eso que cuentas sucedió hace mucho tiempo.

—¿Crees que las personas cambian, Mai?

Recordó el último día que pisó la redacción del periódico, cuando se encontró cara a cara con la bellísima suplente de verano, Dolores. Las miradas. Las risas. La humillación.

—No lo sé —contestó Mai—. Creo que sí. Yo he cambiado.

—¿Y yo? ¿He cambiado yo?

Mai lo miró. Allí estaba otra vez. Su mirada clavada en la cara de él. Y en esa mirada, Johan pudo leer cómo estaba él. Pidió a Mai un espejo y ella sacó uno pequeño del bolso y se lo puso delante.

Lo primero que vio fue el tono pálido de su piel. Y luego el absceso a punto de comerse toda la mejilla. Y la familiar asimetría de la cara, ya que se había arrancado una de las cejas y la otra la tenía muy poblada.

Johan dijo:

—No entiendo qué puedes ver en mí. Soy viejo, feo y pronto voy a morir.

—Pero eres mi Johan y te quiero.

Su voz era dulce, convincente. Johan apoyó la cabeza en su hombro y continuó mirándose. «Maj en Malö, hermosa Maj, todas las olas te quieren besar». Ella le acarició la cara y le arrancó con suavidad el espejo de las manos. Se acercó más a él en la cama y susurró:

—Veo que estás sufriendo.

Era hora de iniciar otra conversación. Él reconoció el tono de su voz. «Veo que estás sufriendo». Él no lo soportaba. No quería.

Dijo:

—Sí, de vez en cuando sufro. Me duele al darme la vuelta en la cama por la noche. Luego la cabeza, el dolor de cabeza. Pero ya no tengo tantas náuseas. Eso ya es algo.

—He hablado con la médico jefe, Emma Meyer.

—¿La que baila?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, olvídalo.

Bueno, Emma dice…

—¿Emma? —la interrumpió Johan. No le gustaba que se emplearan los nombres de pila. ¡Emma! ¿Qué es eso? Miró a Mai. No quería que la médico jefe, que ahora también tomaba decisiones sobre su vida, tuviera un nombre tan… tan de novela como Emma, y encima fuera una especie de amiga de Mai.

Ella se corrigió a sí misma.

—La doctora Meyer dijo que los últimos resultados explican tus dolores de cabeza.

No necesitó decir nada más.

—Yo creía que el dolor de cabeza se debía a los cambios de tiempo. Ha hecho tanto calor, calor húmedo —dijo Johan exhausto—. Ahora me encuentro un poco mejor. Ya no me duele tanto la cabeza como la semana pasada.

—Mejor —dijo Mai sin moverse.

—De modo que pensé, como dije, que se debía al tiempo o a los esfuerzos de las últimas semanas, una forma de reacción psíquica. Todo el mundo sabe que el estrés provoca dolor de cabeza. Incluso los niños tienen hoy en día jaquecas por estrés. Acabo de leer un artículo sobre ello en el periódico. El estrés de los padres se contagia a los hijos. Es un problema grave.

Mai asintió con la cabeza.

—Pero los análisis de Meyer muestran otra cosa, ¿verdad? —dijo Johan mirándola.

Mai contestó:

—He querido decírtelo yo misma… Pensé que querrías oírlo de mí.

—En realidad hubiera preferido oírlo directamente del médico —replicó Johan rápidamente.

—¡Yo soy médico!

Ahora fue Mai la que se apresuró a contestar.

Johan bajó la vista.

¿No significaba nada que luchara día a día? Es verdad que a veces estaba a punto de desistir, sí. Pero otras veces…, otras veces miraba a su alrededor con la certeza de que también ese día existía. Amanece por la mañana y oscurece por la noche y yo existo en esa luz y en esa oscuridad. ¿Eso no significaba nada? Que amaneciera por la mañana y oscureciera por la noche; que él repitiera esas palabras para sus adentros, como un conjuro, como una prueba de…, ¿de qué? No lo sabía con certeza. Pero le proporcionaba sosiego decirlo muchas veces. Decirlo mil veces. Decir: Amanece por la mañana y oscurece por la noche. Pero ¿qué significaba para los demás? ¿Para Mai? ¿Para los seres vestidos de verde?

Tomaban fotos de su cuerpo, tomaban fotos de sus órganos internos, lo empujaban dentro de máquinas con ojos capaces de atravesarlo, pero se trataba de unos ojos traicioneros. Examinaron sus órganos, uno por uno, y decidieron que el problema estaba en tal y tal lugar. Y eso era todo lo que necesitaban saber sobre Johan Sletten.

Miró a Mai.

—¿Voy a perder el control?

—Johan…

—¿Voy a perder el control, coño?

Mai bajó la mirada y no contestó. Cerró los ojos y se dio un masaje en la

frente con las yemas de los dedos. Johan dijo levantando la voz:

—No quiero, no quiero convertirme en uno de esos… vegetales. ¡Haz algo, Mai! —suplicó—. ¡Por favor, haz algo!

Mai se encontró con su mirada.

—Creo que tenías razón en lo que dijiste antes. Hablaremos con la doctora Meyer de eso. No ha sido correcto por mi parte anticipártelo yo.

Ella no quería mirarlo, aunque él la miraba fijamente. ¿Comprendería que era para él como un espejo? ¿Comprendería que con cada pequeño gesto, cada movimiento, cada mirada no sólo le revelaba lo que le había dicho la doctora Meyer, sino también la conclusión a la que habían llegado? No había camino de vuelta. Todo había acabado. Eso era lo peor. Y después de lo peor… nada. Johan se mareó, notaba cómo le palpitaba el pecho y le subían las náuseas. Cuando se echó a llorar, Mai lo abrazó.

—¿Seré diferente? ¿Perderé el control?

Mai bajó la vista.

—Todo el mundo hará lo mejor para ti.

—Yo también lo hago lo mejor —sollozó Johan.

Cogió la mano de Mai y repitió:

—Yo también hago lo mejor que puedo, ¿no lo ves? Mai le acarició el pelo y susurró:

—Sí, lo veo, Johan. Lo veo.

Contuvo el aliento, vaciló antes de decir algo más, y por fin añadió:

—Y no tendrás que luchar cuando no quieras más.

—¿No?

—No.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero tengo que saber si aún quieres que cumpla con la promesa que te hice en Värmland.

Johan se alejó de ella y se secó la cara con la almohada.

—¡No quiero hablar de eso, ahora! —resopló—. ¡Por Dios, Mai, no me presiones!

Mai prosiguió:

—No tengo intención de presionarte, mi amor. No quiero… Lo que ocurre es que puedes perder… —A Mai le costaba encontrar las palabras—. De repente puedes…, de repente serás incapaz de tomar decisiones.

—¿Y entonces? —gritó Johan.

—Yo haré tu voluntad —susurró ella.

Mai se levantó. El vestido rojo estaba hecho de una tela con cuerpo, seguramente cara. Un vestido nuevo y caro. Le sentaba bien. Estaba guapa, pero también parecía cansada. Muy muy cansada. Y Johan comprendió de repente que en realidad para ella todo había acabado. La decisión estaba tomada. Habían acordado que ella le ayudaría cuando todo se volviera insoportable. Y ahora ella estaba esperando a que todo se volviera insoportable. Pero ¿cuándo? Él aún no estaba dispuesto. ¡Todavía era capaz de decir que sí, que amanece por la mañana y oscurece por la noche! Hay dignidad en estas palabras. Pero ¿y ella? Para ella no era más que una espera absurda. Día tras día. Cuando él por fin muriera, ella podría volver a llenar sus días de significado. De llanto, recuerdos, consuelo y reconciliación. De vida. Su muerte sería, y vio en su interior la cara de Mai cuando le hizo la promesa, su muerte sería un alivio.

Johan cerró los ojos.

La cara de Mai le recordaba algo. No era de extrañar. Los recuerdos seguían llegando constantemente, eran como niños que requieren atención. Imágenes. Imágenes nítidas, claras, detalladas. Pero también sonidos, aromas, sensaciones. Una nuca blanca. Una voz. Un dedo índice. Un mechón de pelo. Si hubiera tenido fuerzas, lo habría anotado todo en un papel. Para que algo quedara. Algo que era él. Algo que no pudiera malentenderse. Y ahora, viendo en su interior la cara de Mai cuando tomaron la decisión definitiva en Värmland, se acordó de aquella vez que estaba sentado entre su madre y su hermana en el sofá, y su padre yacía aullando tras la puerta azul cerrada. Recordó las manos que le tapaban los oídos y las manos que lo soltaron. El sonido de aquel momento. Una respiración profunda. Nada más. Sólo la profunda respiración de su madre y de su hermana. Como si hubieran

estado demasiado tiempo debajo del agua, y, por fin, cuando el padre respira por última vez, salen disparadas y se vuelven a llenar los pulmones de aire.

Miró a Mai. Su rostro cansado, sus labios, sus ojos, los lóbulos de sus orejas, estrellas rojas que colgaban de un hilo de plata. Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo. Esa promesa que ella le había hecho en Värmland. ¿O la promesa que él le había hecho a ella? Ya no estaba seguro. Al menos era un acuerdo, ¿y no debía acabar con todo de una vez por ella? Acabar con esto que para ella no era tiempo, sino simplemente espera. Podría durar semanas, tal vez meses.

No se sabe cuánto tiempo, había contestado la doctora Meyer cuando Johan le preguntó por su estado. Era eso, lo incierto, lo que resultaba insoportable, inhumano. Aunque —¿me oyes, Mai?— amanece por la mañana y oscurece por la noche.

¿Cuántos días habían pasado desde la conversación con Mai en Värmland? ¿Cuánto hacía? ¿Se trataba de días o de semanas? Había perdido la cuenta.

Canciones, pero nadie que las cantara. Mai sólo las tocaba. Johan se acordó de una conversación que había mantenido con Mai, en realidad, el fragmento de una conversación. Nada que ella recordara. Fue algo que ella dijo de Schumann y que Johan no pudo olvidar. Robert Schumann, que durante un viaje a los Países Bajos en 1854 se puso enfermo y tuvo que volver a casa y ser ingresado en un manicomio, vencido no sólo por la sífilis sino también por una tremenda y divina música que le estaba destrozando la cabeza. «En él todos los ruidos y estruendos se transforman en música y dice que es una música tan grandiosa y con instrumentos que suenan tan magníficamente que no se ha oído nada parecido en la tierra… Robert sufre indeciblemente», escribió su esposa, Clara, en su diario. A Clara le aconsejaron que no estuviera con él, o ella no quería estar con él. Así —en un manicomio de Endenich, a las afueras de Bonn— pasó Schumann los dos últimos años de su vida. Los únicos que lo visitaron fueron Johannes Brahms y su amigo Joseph Joachim.

Más tarde, las malas lenguas culparon a Clara de haber sido despiadada con él porque no lo acompañó cuando más la necesitaba.

—Yo tampoco habría estado —exclamó Mai—. ¿Para qué iba a estar con él? Sólo le hubiera hecho daño. —Y entonces dijo algo que Johan jamás olvidó—: ¡Schumann ya no era Schumann!

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué quieres decir, Mai? Johan nunca se lo preguntó. Entonces no, y ahora tampoco. No eran más que palabras dichas al descuido mientras tomaban una copa de vino, y ella enseguida empezó a hablar de otra cosa. Pero, pensó Johan, ¿no era Schumann también Schumann cuando estaba ingresado en el manicomio? ¿Schumann sólo era Schumann cuando componía música que sobreviviría al compositor, y a Clara y a Mai y a Johan y a todos los demás seres humanos? ¿No era Schumann también, en sumo grado Schumann, cuando estaba sentado, acostado o andando por un manicomio de Endenich, incapaz de escribir ni una sola nota? Sólo esa música que le destrozaba la cabeza. «Ah, si pudiera volver a veros… —escribió en su última carta desde el hospital—, hablar con vosotros una vez más. Pero el camino es muy largo».

Durante mucho tiempo, Johan estuvo poniendo cada día una cruz en el calendario. Quería saber si era lunes, martes, miércoles, jueves o viernes. Quería saber si fuera hacía frío o calor. Agosto en Noruega era a la vez un mes de verano y un mes de otoño, según la temperatura. Por eso antes solía preguntar todos los días a los enfermeros qué tiempo hacía.

Era jueves o viernes. Estaba seguro de que era jueves o viernes. Hoy vendría Andreas, con su embarazada novia Ellen. Mai se lo había anunciado ayer, o tal vez anteayer.

Johan no diferenciaba ya un día de otro, se había olvidado de poner cruces. No había preguntado si hacía frío o calor. También de eso se había olvidado. Pero la enfermera más agradable, más joven y sin duda la más guapa, la rubia de pelo largo llamada Malin, le dijo que fuera hacía calor.

Malin se sentó en el borde de su cama para contarle que hacía calor. Esa misma mañana se había puesto tres jerséis porque creía que haría frío. Pero camino del trabajo, le dijo, se los había quitado. Primero uno, luego el segundo y por fin el tercero. Hacía tanto calor que con una ligera camiseta de algodón era suficiente.

Ella le sonreía. La enfermera sin duda alguna más guapa de ese hospital le sonreía. Y su risa era como agua fresca y fría. Él quería beberla.

Johan estaba acostado en la cama imaginándose todo lo que ella le contaba. ¿Iba andando al trabajo? ¿Empezó a quitarse todos los jerséis en medio de un cruce? ¿O iba en tranvía? Cuando él cogía el tranvía, nunca tenía visiones de ese tipo.

De manera que era jueves o viernes. O las dos cosas. ¿Podía ser jueves y viernes a la vez? Johan gritó al vecino del otro lado del biombo.

—Oye, tú, ¿sabes qué día es hoy?

Oyó al otro moverse, le oyó murmurar las palabras «Hay que joderse, hay que joderse». Johan carraspeó:

—Lo siento —susurró—. Va a venir mi hijo. Quería saber a qué día estamos. No quiero dar la impresión de estar mal de la cabeza. Perdóname. He vuelto a molestarte.

—Es sábado —murmuró el vecino.

—Gracias.

El hombre tosía.

—Gracias —repitió Johan.

oportuna y Andreas lo había aceptado. Unas semanas después cenaron juntos en paz y tranquilidad. Lo de la casa sólo se tocó de paso, y todo resultó inusualmente agradable. Más tarde aquella noche Johan dijo a Mai que quería pasar más tiempo con su hijo. Un mes después de la cena, Johan recibió una carta de Andreas en la que decía que despreciaba tanto a su padre, como su padre desde siempre lo había despreciado a él. Lo de la casa de verano no fue más que la gota que colmó el vaso.

Johan hizo un gesto de desaprobación con la cabeza. La carta le hirió, pero no sabía bien qué hacer. La casa de verano estaba en obras porque había habido una avería en la instalación del agua. Se lo había explicado a su hijo. No es que necesitara explicar nada. El hijo era adulto, y por lo tanto no estaba nada claro que pudiera tomar prestada la casa de verano en cualquier momento y hacer dios sabe qué con dios sabe quién en el entorno más privado de Johan y Mai, entre sus pertenencias más personales. Y, además, había una avería en la instalación del agua. Eso podía comprenderlo todo el mundo, incluso Andreas.

Varios días después de haber recibido la carta, pidió a Mai que llamara a Andreas. Opinaba que ella era mejor que él para poner orden en esas cosas.

El hijo dijo a Mai:

—¿Papá no entiende que le rechace? Ya no existe en mi vida.

Pero ahora estaba allí. Flaco como su padre, pero con la cara de su madre. Y con una novia a punto de dar a luz. Johan quiso preguntarle si también ella leía los relatos de Marcel Bavian. Ja, ja, ja. Pero no lo hizo. Optó por intentar sonreír, aunque el esfuerzo le dolía. No la hipocresía, no era eso lo que dolía. Era el movimiento. Los labios, los ojos, las mejillas, todos los órganos de su cara que tenían que moverse para esbozar una sonrisa medianamente sincera. Veraz. Y la cabeza. Esa presión que nunca cesaba. Esa presión que empeoraba porque ellos estaban allí. Esa presión que, cuando lo pensaba, se convertía en palabras mecánicas, salid-de-aquí-no-aguanto-no-os-quiero-tener-aquí-fuera-de-aquí-ahora-mismo.

—Bueno, bueno, ya estamos aquí —dijo Andreas—. ¿Qué tal te va, papá?

—Bueno, así asá —contestó Johan intentando mantener en su lugar la sonrisa laboriosamente conseguida. Su cara estaba amenazando con romperse, rajarse, agrietarse, abrirse, como el absceso de la mejilla. Estaba

seguro de que pronto le saldría líquido a chorros. Manoseó cuidadosamente la bomba de morfina. Todos lo vieron, pero nadie lo comentó.

—Ocho años —dijo Johan.

—Sí —asintió Andreas.

Las dos mujeres, Mai y Ellen, escuchaban en silencio.

—Ocho años —volvió a decir Johan.

—Pero ahora estás enfermo —dijo el hijo con cierta ingenuidad— y las cosas cambian.

Johan quiso preguntar qué era lo que cambiaba. ¿Su hijo había venido a perdonarle? En ese caso podría haberse ahorrado la visita. Reconciliación, había dicho Mai. No perdón. Johan no había hecho nada que necesitara ser perdonado.

Johan se volvió hacia Andreas.

—Fue una avería en la instalación del agua.

El hijo lo miró sin entender.

—¿Qué?

—Fue una avería de agua.

—No entiendo.

—La casa de verano. Querías ir y yo te dije que no porque la estaban pintando después de una avería en la instalación del agua. Fue algo de las tuberías del cuarto de baño.

Andreas miró al suelo.

—Vale…

Johan miró a su hijo. ¿No era eso lo que quería? ¿No era suficiente? Era exactamente como Alice. De morros durante años. No renunciaba a nada.

—¿Por qué no lo dijiste? —murmuró Andreas—. ¿Qué?

—Lo de la avería en la instalación del agua.

Cuando se iban, ya en la puerta diciendo adiós, Ellen se acordó de repente de algo. Rebuscó en su bolso y sacó una cámara de fotos.

—Casi me olvido de lo más importante —exclamó.

Ordenó a Andreas que volviera al lado de la cama. Le dijo que se sentara y cogiera la mano de Johan. A Mai la quería de pie, solícita, al fondo. Levantó la cámara, los miró por la lente y les aseguró a todos que salían estupendos, con esa grisácea luz de la tarde que entraba por la ventana.

—¡Ya! —gritó sonriente—. Ahora tendremos un recuerdo para toda la vida.

Johan la miró y le dijo:

—Ellen, mándame una copia de la foto, por favor. Ellen asintió con la cabeza y luego miró a Mai.

—¿La envío aquí o a vuestra casa?

Mai iba a contestar, pero Johan se le adelantó.

—Mándamela aquí al hospital. Así podré contemplarla por las noches antes de dormir.

Ellen volvió a asentir con la cabeza, pero señaló su vientre y explicó:

—Podrá tardar algo, tal vez, si no me da tiempo a revelar las fotos hasta después del parto. Los dolores pueden empezar en cualquier momento, pero no te provocan el parto hasta que hayan pasado dos semanas después de salir de cuentas. —Hablaba sin cesar—. De modo que no sé exactamente cuándo podré enviarla.

—Cuando puedas, hija —le interrumpió Johan—, cuando puedas. Y envíame también una foto del bebé.

Ellen miró a Andreas y sonrió mientras hacía muchos gestos afirmativos de la cabeza.

—Quiero una foto del momento en que el bebé… —Johan carraspeó—. Quiero una foto del momento en el que tu hijo se vuelva y te toque por primera vez. ¿Podrás enviarme esa foto, Ellen?

Ella volvió a asentir, aunque había empezado a considerar los problemas relacionados con la producción de una foto así.

—Ellen —dijo Johan.

La embarazada lo miró.

Él señaló a su hijo, pero mantuvo su mirada clavada en los ojos azules de Ellen.

—¡Quédate con él! —dijo.

—¡Oh, sí! —contestó ella apretando la mano de Andreas—. Claro que sí.

Otro día más de farfulleo. De nuevo la oye hablar con uno de los seres vestidos de verde. «No sabe lo que está pasando. Está ya ausente.» De nuevo la oye llorar. Mai llora y los seres vestidos de verde la consuelan. Y él quería gritar: ¡No, no estoy ausente! ¡Estoy aquí! Pero duele y no lo consigue. De su boca salen otros sonidos.

—No sé si es así —dice él.

—Y tú y yo tenemos un lenguaje muy nuestro.

Johan piensa que ahora es Mai la que está diciendo tonterías. ¡Nuestro idioma! Qué cosas hay que oír. No, no, Mai. Maj de Malö. Tú y yo no tenemos nuestro propio idioma.

—Otro idioma —dice ella.

Él la mira fijamente.

—Y ha llegado la hora.

—No —dice Johan. Pero ella no lo oye—. No —repite—. ¡No, Mai! ¡Aún no! ¡Por favor! Espera hasta que amanezca.

—Te quiero —susurra Mai y le coge la mano, le moja la piel del brazo con un trozo de algodón y le inyecta la jeringuilla del somnífero. Ve que se duerme y que ya no siente dolor, que todo va bien. Luego le inyecta la jeringuilla que contiene el medicamento Curacit, que paraliza los músculos. Espera y observa. Tan rápido y sin embargo tan imperceptible. No se ha producido ningún cambio en el rostro de Johan. El absceso de la mejilla sangra un poco, eso es todo. Ella junta las manos y reza una oración, no porque sea creyente ni tampoco porque lo fuera Johan, pero eso parece lo correcto en ese momento.

Mai se echa a llorar.

—Yo no se lo diré a nadie, Mai, si no lo haces tú.

La voz de Mai, sorprendida, frágil:

—¿No vas a decirlo?

—No.

—¿Por qué no?

Meyer se queda callada. Por fin dice:

—Has cumplido el deseo de Johan. Tú lo conocías, yo no. Tampoco hay nadie más que, en caso de que esto se supiera, se pronunciara y te juzgara.

Mai no tiene nada que añadir.

Meyer dice:

—Quédate donde estás, acudiré enseguida. Tómate un café y una tostada. Luego irás a casa a dormir. Y después, dentro de unas horas, podrá empezar el día.

Mai asiente con la cabeza, como hacen los niños pequeños, ignorantes de que la persona con quien hablan no puede verlos.

Vuelve la voz de Meyer:

—¿Oyes lo que te estoy diciendo?

—Sí.

—Ni una palabra, Mai. De nada serviría intentar explicarlo…

—No.

—¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

Después de la conversación, Mai vuelve a entrar en la habitación de Johan y se sienta en el borde de la cama. La puerta está entreabierta, la luz se cuela desde el pasillo. Johan se parece a sí mismo. Aún no se ha producido ningún cambio. Ella le coge la mano y la besa, pero está fría y la suelta rápidamente.

Mira a su alrededor.

No ha tenido ningún sentido volver a entrar.

¿Qué ha pretendido?

¿Quería hablar una vez más con él?

¿Quería oírle decir lo bueno que es haberse liberado ya? Se levanta y va hacia la puerta.

Si él aún hubiera estado vivo, habría dicho: los pasos de Mai no son pesados, pero está cansada. Muy muy cansada. Cuando se va a dormir está cansada y cuando se despierta está cansada.

Mai no se vuelve al cerrar la puerta.

Todo se pone negro. Una gran oscuridad cae sobre el rostro de Johan Sletten.

Él habría dicho: Y tu pelo, Mai, es más hermoso esta mañana que todas las demás mañanas.

Linn Ullmann (Oslo, Noruega, 9-8-1966) es actriz y escritora, hija del cineasta sueco Ingmar Bergman y de la actriz Liv Ullmann. Entre sus trabajos como actriz se encuentran Gritos y susurros (1972) y Sonata de otoño (1978), ambos dirigidos por Ingmar Bergman; Look at liv, A. (1977) de Richar Kaplan o Liv Ullmann scener fra et liv (1997) de Edvard Hambro. Como escritora tres son sus trabajos más destacados, Antes de que te duermas, El adiós de Stella, Hasta que amanezca y Chica, 1983.